

**EDUARDO ACEVEDO DIAZ**

**VIAJE DE MONTEVIDEO  
A LONDRES**

**Presentación de  
ALICIA CASAS DE BARRAN  
y  
SERGIO PITTALUGA**



*Ed. Beer*  
*1:32 PM*

Estas melancólicas memorias de viaje que publicamos hoy, parecen dar razón a Alberto Lasplaces cuando afirma que Eduardo Acevedo Díaz fue escritor sólo cuando las circunstancias no le permitieron ser un político o un periodista. <sup>(1)</sup>

Al dar su apoyo a la candidatura de José Batlle y Ordóñez y tomar éste posesión de su cargo el 1º de marzo de 1903, el Directorio del Partido Nacional expulsó de sus filas a Acevedo Díaz y aquellos legisladores blancos que habían votado su elección.

La violenta reacción de Acevedo Díaz no se hizo esperar; se alejó en forma definitiva de la dirección de "El Nacional" y condenó las revoluciones caudillistas que perturbaban el orden institucional de la nación, desde su famosa *Carta política*.

El 14 de setiembre, el gobierno de Batlle, honrando a este original enemigo político lo nombró Ministro Plenipotenciario en EE.UU., México y Cuba. Fue entonces que inició la última fase de su múltiple vida pública, ahora como diplomático, sin volver atrás la cabeza. Partió el 19 de noviembre en el Wittekind, barco alemán con destino a Vigo, Southampton y Chicago. <sup>(2)</sup>

Haremos una breve reseña de su vida pública, para así poder enmarcar este escrito.

Podemos destacar tres fases en ella, la primera, la del joven romántico principista de 1870, la segunda, la del maduro tribuno de 1895 a 1903, de agudo realismo político, la tercera, la del diplomático.

Nació el 20 de abril de 1851 en el seno de una familia patricia, en la Villa de la Unión y allí transcurrió su infancia. Ingresó a la Facultad de Derecho pero luego interrumpió sus estudios y se incorporó a las filas de Timoteo Aparicio, al iniciarse en 1870 la "Revolución de las lanzas". Tenía 19 años. Eligió el rumbo de su vida; sus aulas y salones serán en adelante el campo de batalla y el calabozo; la arena política, el destierro, terminando en ese otro exilio dorado, la diplomacia, para nunca más volver a su país. Él mismo consignó con severa objetividad ese vuelco heroico de su destino en una carta que dirigió a Aureliano Rodríguez Larreta en julio de 1902 donde le reprocha haber preferido la seguridad a la aventura en defensa del ideal: "A los 19 años de edad, siendo estudiante de derecho, abandonando mi carrera y mi porvenir, concurrí como soldado a la gran Revolución de 1870. Tú no estabas allí y pudiste estarlo".

Firmada la paz, el 6 de abril de 1872, se unió sin vacilar al grupo principista que había formado el "Club Nacional". Se buscó con esta denominación, sin renegar de la tradición blanca, poner distancia con las fuentes caudillistas de la misma. Fue la reacción de la juventud universitaria liberal ante el espectáculo de la destructiva y sangrienta contienda civil. Para ella la ambición y el autoritarismo de nuestros caudillos eran los grandes responsables del mal que aquejaba a la nación. El respeto a la voluntad popular expresada en los actos electorales debía ser la base del entendimiento entre los orientales.



el acuerdista que apoyaba al Directorio, y el antiacuerdista, liderado por Acevedo Díaz. Se llegó al cisma.

En 1902, ante tentativas de conciliación, Acevedo Díaz sostuvo desde "El Nacional" que la reunificación exigía renovar las autoridades partidarias, lo que provocó la dimisión masiva de los miembros del Directorio.

A fines de ese mismo año, comenzó a agitarse el ambiente político a propósito de las candidaturas para la próxima elección a la Presidencia de la República. Acevedo Díaz, desde "El Nacional" se definió siempre como partidario de que los legisladores nacionalistas trazaran un programa y votaran al candidato que más se ajustara a él.

En noviembre fue suscrita por todos los legisladores nacionalistas una "Manifestación de Propósitos" que debía ser aceptada en lo fundamental por el candidato a la Presidencia de la República que deseara el apoyo blanco.

Este acuerdo fue publicado en "El Nacional" y "El Tiempo".

Surgieron tres candidaturas: Eduardo MacEachen, Juan Carlos Blanco y José Batlle y Ordóñez.

Acevedo Díaz manifestó su preferencia por José Batlle y Ordóñez, ya que a su entender MacEachen venía impuesto por Cúestas. Se opuso a la candidatura de J. C. Blanco porque creía que de triunfar éste con los votos nacionalistas, los colorados provocarían la guerra civil. El apoyo de Acevedo Díaz a Batlle pudo también motivarse en la admiración que por él siempre sintiera.

Dijo Acevedo Díaz en un reportaje que le hizo el diario "El Tiempo" el 30 de diciembre de 1902: "Si es la guerra, si es la revolución, lo que quiere el partido y sus autoridades, acepto como bandera la candidatura del Dr. Blanco, con sólo ocho votos colorados", y en el caso de MacEachen se expresó en estos términos: "la opacidad del Sr. MacEachen tiene la circunstancia agravante de la imposición gubernativa".

Más adelante, el 21 de enero de 1903, Acevedo Díaz desde "El Nacional" se declaró desligado del compromiso de votar unidos que habían firmado los legisladores blancos, pues al inclinarse por Juan Carlos Blanco lo hacían por quien no reunía los requisitos convenidos anteriormente.

Poco después, José Batlle y Ordóñez hizo público su programa, que en el entender de Acevedo Díaz cumplía con las condiciones aceptadas por la mayoría nacionalista en la famosa "Manifestación de Propósitos". Por lo tanto, "El Nacional" se inclinó por Batlle. Cuatro legisladores nacionalistas siguieron a nuestro autor acompañándolo en esa actitud política.

Más tarde el Directorio y 32 legisladores nacionalistas votaron candidato a J. C. Blanco. La candidatura de Blanco no tenía el número suficiente de votos colorados, y según se había establecido el Directorio resolvió ofrecer los votos nacionalistas a MacEachen.

La candidatura de MacEachen no tuvo éxito tampoco, porque la de Batlle fue apoyada por la mayoría de los legisladores colorados, y de acuerdo con lo convenido entre ellos, el candidato que

triunfara en la elección interna sería el votado por todo el Partido Colorado.

Planteadas estas circunstancias, los nacionalistas decidieron votar por un candidato propio: Enrique Anaya.

Llegado el momento de la elección para la Presidencia de la República el 1.º de marzo de 1903, Acevedo Díaz y ocho legisladores nacionalistas votaron por Batlle.

Esta actitud de Acevedo Díaz y de los legisladores que lo acompañaron les valió la expulsión del Partido Nacional.

Acevedo Díaz se vio en el terrible dilema de dividir al Partido o declinar de sus principios. Fue en ese entonces que sostuvo su famosa regla programática: "No hay disciplina contra los principios".

Pocos de sus correligionarios reunían sus méritos políticos, logrados en la guerra y en la paz. De ahí que el calificativo de réprobo lo hiriera íntimamente.

Es importante recordar también que el Partido Nacional hasta ese momento, no había impuesto una disciplina tan estricta a sus dirigentes.

Fue en estas especiales circunstancias, luego de vividos los dramáticos momentos que hemos descrito, que Acevedo Díaz, al recibir el nombramiento como diplomático del gobierno de Batlle, inició su viaje.

Su testamento —que transcribimos a continuación— es otra prueba de su desencanto y la amargura en que lo sumieron estos momentos que hemos narrado:

"Si el gobierno uruguayo, o cualquiera corporación civil, me hiciera el honor de solicitar el repatrio de mis despojos, mis deudos, espero, lo agradezcan profundamente; pero, les ruego se dignen declinarlo y manifestar que, por razones que deseo llevar a la tumba, es una de mis últimas voluntades que dichos restos descansen en tierra argentina, que tanto he amado, patria de mi esposa y de todos mis hijos, y que de ella no sean removidos jamás.

"A mi enterramiento sólo deberán concurrir los miembros de mi familia, y aquellos de la amistad íntima que generosamente se prestasen a ello.

"Dicho sepelio se realizará sin ceremonia religiosa o civil, y es también mi última voluntad que no se consagre a mi memoria ningún homenaje en tiempos futuros.

"Después de sepultados mis despojos, se dará noticia del deceso a las relaciones en la forma que es de práctica.

"Si cuando ésto ocurriera conservara yo alto rango diplomático, queda entendido que renuncio en absoluto a los honores fúnebres de cualquier clase que fueren, o que por el ritual pudieran corresponderme.

"Nombre por albaceas a mis dos hijos mayores Eduardo y Raúl, a quienes pido cumplan estrictamente estas mis postreras resoluciones".

"Buenos Aires, a 23 de julio de 1919"/"Eduardo Acevedo Díaz".

Es, en esta circunstancia, que nuestro autor comienza su viaje de Montevideo a Southampton, y que origina este libro, que comentamos, y publicamos.

El paisaje que vive en el océano viene a ser, un reflejo del paisaje de su alma. Medita: "Algo rara la vida en el océano. Mucha luz, mucho aire, mucho cielo; mucho abismo. Un poco de goce, un poco de melancolía. Paisajes infinitos en lo alto y debajo: en el fondo del alma un mar de recuerdos. Exceso de soledad en el espacio y en el océano inmenso, pero más honda en el corazón esa soledad". Conmoveras palabras de nuestro autor, que dicen de la inmensidad de su tristeza, y de como se confunden con el sobrecogedor entorno que lo traspasa.

Más adelante, como sobreponiéndose, le entusiasma la súbita aparición de unas ballenas, a quienes describe en el contraluz de sus juegos.

La escena de los inmigrantes, que viene a continuación; de esos infelices "que vuelven a sus patrias vencidos en sus esperanzas", lo embarga de indescriptible tristeza: esos hombres, mujeres y niños, "que regresan taciturnos de Buenos Aires", viéndose claro, "que la odisea había sido triste y el desengaño cruel", y a continuación describe la forma inhumana en que viajan, sabiendo descubrir, sin embargo, dentro de sus almas, "toda una desesperanza sin consuelo".

Describe también, una tenue aventura sentimental que mantiene durante el viaje, con una hermosa y pálida rubia anglo argentina, que lo asombra y encanta, con su juventud, plena e ingenua. También una exótica viajera japonesa, que su imaginación lo transporta hacia un mundo de ensueño del lejano Oriente.

Llama la atención, en Acevedo Díaz, la ternura que siempre demuestra hacia las mujeres, ya de esas frágiles viajeras de carne y hueso, o de esas otras figuras femeninas históricas, como hacia los propios personajes que inventa en sus novelas.

Cuando relata su visita a la Torre de Londres, nos transmite su espanto, ante esa imaginación desatada, dedicada a la confección de crímenes, crueldades sin fin, torturas; pero guarda su recuerdo más conmovedor, para esa saga de mujeres-mártires, sacrificadas impunemente, a la ambición de hombres y mujeres, que desde el poder descargaban su furia sobre cabezas inocentes.

El primer impacto que recibe de Londres lo sume en el desconcierto: nada menos que bajo el Imperio Británico, en el apogeo de su gloria, el pueblo inglés ofrece el espectáculo de su espantosa miseria. Algo, que nos lleva a recordar las "Cartas de Londres" de Dostoiewski, en las que recoge las mismas impresiones, de asombro y tristeza, que le produce también, a él, su viaje a Londres. Asimismo, aunque en otra dimensión, le asombra el desorden de las calles de esta ciudad sumergida en el desbarajuste y el jolgorio, sin acatar las reglas del flemático carácter inglés. A pesar de tantas perplejidades, emite un elogio para este pueblo y alaba las virtudes de su cultura y civilización.

Son muy justos los comentarios literarios e históricos, que le sugiere la memoria de Byron, en especial de esa rebelión contra el inapelable juicio, que se cierne sobre los orígenes de las personas,

imposible de modificar, una vez emitido. Tiene, a su vez un nostálgico recuerdo, hacia Herbert Spencer, quien muere por esos días en Londres, acompañado por la ausencia y por la indiferencia de sus congéneres.

Hay dos trozos de estas memorias, en que Acevedo Díaz, incurre en la tentación de un pensamiento político, aunque, lo reviste celosamente de un manto metafórico. Uno de ellos es el del relato de las águilas azules, aves de nobleza infinita, que "Vuelan alto", y "se bañan al sol"; enfrentadas a los malvados cuervos y a los angelicales cisnes, que se dejan comer por aquellos. Rescatamos fácilmente en la metáfora, la imagen de los "políticos de juego sucio", en los cuervos; de los seres irreales, que no cuentan para la historia, en los cisnes; para quedarse finalmente, con la de las águilas, que andan por el cielo, por las alturas, pero que por la fuerza de sus ideales, son los dueños de ambos, cielo y tierra. El otro trozo, es la alegoría, donde nombra "Revolución" a una rara y maravillosa flor, que al parecer sólo se da en Sudamérica. Es ahí, cuando interviene la pálida rubia de sus amores, reprochando a los sudamericanos sus guerras civiles, dando como por cierto, que los ingleses no usaron de la violencia y de la crueldad para imponer su poder al mundo, expresando, entre ingenua y asombrada: "Yo no sé, pero creía que en Inglaterra sólo se habían peleado dos o tres veces los hombres".

Cierra estas memorias, con su viaje y llegada a N. Y. Representa, este "Libro de viaje" de Acevedo Díaz, como un alto en su vida intensa y llena de vicisitudes; en ellas, se permite, quizás por primera vez en su vida, la licencia de ser un espectador del mundo, aunque la visión que nos ofrece, es, a su modo también comprometida.

Acevedo Díaz, fue por eminencia el gran forjador de nuestra conciencia nacional, y es en ese sentido que debemos interpretarlo y asumirlo históricamente. Si quisiéramos buscar paralelos, podríamos decir, que algo similar, fue para la Argentina, Hernández con su "Martín Fierro".

Su literatura, aunque vinculada a un universo muy localizado, es obra de inspiración universal: da una visión totalizadora del mundo, en el transcurso de un tiempo, y en el tránsito de un espacio: siendo por lo tanto, un novelista, en el sentido cabal del término.

Su inspiración puede clasificarse como romántica. Arturo Sergio Visca<sup>(5)</sup> dice: "El mundo novelesco de A. D., aunque fuertemente infiltrado de realismo, es, en su conjunto, el fruto de una concepción romántica del arte y de la vida". De esa veta romántica, es que surge su gran obra épica: su inolvidable "Tetralogía": "Ismael" (1888), "Nativa" (1890), "Grito de Gloria" (1893). También en esa línea podemos nombrar "Lanza y Sable" (1894) y "El Combate de la Taperá".

Toda su obra es la exaltación poética de nuestra vida nacional, de la que transcurrió, a lo largo y ancho de nuestras cuchillas; en ellas, sus protagonistas, unen en un extraño haz, el bárbaro con el héroe, la crueldad con el sentimiento, la soledad con la comunión. Sus personajes son un símbolo de poesía y verdad, de realidades y mitos.



En sus libros, en la prensa, en sus actos, estarán siempre presente, aunados en apretada simbiosis, sus estremecedores sueños de aliento romántico, que lo impulsaron a emprender su larga aventura a través del arte y de la vida, y la gran pasión que tuvo siempre por su patria que desde sus 19 años, dirigió su paso por la historia.

*Alicia Casas de Barrán*

*Sergio Pittaluga*



## LA VIDA EN EL MAR

### I

#### *Quince*

El barco en que zarpé de la rada exterior de Montevideo con destino a Southampton, medía ciento treinta y siete metros por catorce, y estaba provisto de doce botes impermeables de gran solidez para los casos de conflicto o naufragio.

Máquina de fuerza mediocre: trece millas de andar máximo por hora.

Por lo demás, aseado, cómodo y bien servido. Excelente mesa, de cocina alemana. Buenos departamentos para lectura y recreo. Baños inmejorables. Peluquería escrupulosa. Camarotes aireados y limpios; luz eléctrica; ventiladores de remos y de mallas en el comedor; un piano de gran fábrica por sus voces claras y sonoras; trato correcto; disciplina un poco severa.

Bajo otro aspecto, un navío remendado. La maquinaria servía regularmente, cuando el buque no contaba más de cien metros; pero, así que se le aumentaron los restantes, según nuestros datos, del andar de caballo de carrera pasó al de mula trotadora.

Aloja pasajeros de primera y de tercera, y puede llevar carga por ocho mil toneladas. Viaja directa y exclusivamente al río de la Plata, una vez que se aleja de costas europeas, saliendo de Bremen.

Un título: como pude notarlos entre las cóleras del mar de Cantabria y del canal de la Mancha, el barco es audaz y pejerrey, no envidiándole nada a la gaviota en eso de sentarse en las ondas y recibirlas como caricias en su cubierta entre borbollones de espuma.

Su nombre proviene de un caudillo germano de mil años atrás y de la talla de Arminio. Por supuesto, no falta allí el retrato del emperador, colocado en el saloncito de recreo para señoras.

Estas no eran muchas y ninguna alemana. Inglesas y norteamericanas, unas; otra, uruguaya, pero hija de sajón y con sajón casada; otra, argentina, de igual origen, pero soltera; otra, japonesa de Yokohama. Quince de primera, por todos. Se hablaba indistintamente en alemán, inglés, francés y español; los dos últimos a medio decir, y sobre ruedas. Una pequeña babel. Hay que añadir, cuatro perrillos originarios del Japón, pertenecientes a un caballero norteamericano, que se había embarcado con su familia en Buenos Aires y de los que cuidaban dos sirvientes. La señorita japonesa, de nombre Jori-Kamatzu, iba en calidad de dama de compañía de su esposa.

Sociedad correcta en todo, menos para entenderse en el lengüaje. Se parloteaba en cuatro idiomas, y gracias a que la señorita Jori no hablaba en el suyo, sino en inglés, lo que era una ventaja porque el del Japón hubiese agravado el conflicto. Los perrillos de Yokohama ladraban de un modo diferente a la del común del gé-

nero; y hasta uno de ellos parecía carecer de hocico pues era chato en absoluto, bastante lanudo, y goloso de bombones y caramelos.

Al principio hubo cierta reserva y los diálogos eran muy breves, cumplimientos de estilo entre compañeros de viaje, observación y cuchicheos generales: pero, la jornada era a su vez larga, y poco a poco los encogimientos fueron desapareciendo, para dar lugar a franca familiaridad. Hasta la señorita Jori empezó a expedirse en jerga castellana aprendida en Buenos Aires; y así solía decir con mucha gracia lo que más había impresionado sus oídos, a saber: "¡Come nó!" "¡Caracoles!".

En estos días cansados de navegación, la lectura no basta, por seductora que sea: y se anhela el encuentro de espíritus gentiles con quienes establecer una corriente simpática que armoniza al fin ideas e impresiones, y forma como un vínculo de sinceridad y de confianza que duele después romper, al separarse, porque los que viajan para opuestas zonas no dejan de su tránsito más huellas que las que deja el ave que cruza la atmósfera y se pierde en la inmensidad del espacio. Tarde o nunca se vuelve a ver.

Con todo, dulce es crear lazos aunque sean efímeros y fugaces, cuando se anda entre dos abismos, y se corre el mismo destino en caso desgraciado.

Hallar esos espíritus de que hablo, es lo difícil, dentro de un barco que recorrerá dos mil leguas, y que no conduce de preferencia más que quince personas, entre ellas cuatro niños.

Mis amistades empezaron con estas lindas criaturas, hijos de la uruguayana que he mencionado, y que hablaban inglés y castellano con una ingenuidad encantadora, confundiendo términos de los dos idiomas, como pájaros que emiten distintos cantos y no se asombran de que d'suenen. Tres hembritas y un varón, blancos, rubios y sanos.

Este último era travieso y rebelde, por lo que se produjo algún interdicto abordó. Yo logré que el niño siguiera los consejos de su buena madre y fuese mi amigo. Algunos días después, la señora bastante incomodada, se expresó así conmigo, respecto a cierta persona:

—Usted lo habrá notado. Es de una inflexión extrema, echándose las de muy instruido y culto, cuando no pasa de un marinero con uniforme de duque.

—Qué se ha de hacer, señora. Es el jefe del barco, inviste autoridad...

—Bien podrían nombrar otro. Porque vea usted, este señor empezó de capitán de última categoría, es decir, en vapores que hacen la carrera a los mares de la China; y de repente se le pasó a uno de primera, nada menos que de los que van al Plata exclusivamente.

—Tendrá méritos reconocidos, será un capitán muy experto.

—En eso no entro. Pero lo que es su trato, no lo demuestra. ¿No vé usted que está riñendo a cada paso mis niños? Yo he tenido que conducirme con firmeza, y usted ha visto anoche lo que ocurrió en la cena, cambiando yo de lugar.

--No había razón para tanto, señora, pues no hay que dar importancia a ciertas ligerezas o impertinencias. Usted hace bien en defender lo que cree sus derechos, y estoy yo para apoyarla; pero...

—Ya el cisma está promovido, —me interrumpió riéndose. Verá usted que ese señor no concurre más a la mesa, en tanto vaya yo. Los uruguayos también somos altivos cuando se ofrece!

Me penetré que aquella madre, que viajaba sola con sus cuatro niños, era capaz de lanzarse al mar si viese a uno de ellos en peligro, y disputárselo a los tiburones voraces; y la contemplé con honda simpatía.

Sucedió lo que ella dijo: Aquiles se retiró a su tienda, hasta llegar a Southampton.

## II

### *En la borda*

Algo rara la vida en el océano. Mucha luz, mucho aire, mucho cielo, mucho abismo. Un poco de goce, y otro poco de melancolía. Paisajes infinitos, en lo alto y debajo; en el fondo del alma un mar de recuerdos. Exceso de soledad en el espacio y en el océano, inmenso; pero, más honda en el corazón esa soledad. En ciertas horas se mira hacia el piélago, de un modo fijo e insistente. ¿Será el color de sus aguas, la balada de sus olas? Sí; y acaso el misterio de sus profundidades. El verde-esmeralda del océano cerca de las costas, denuncia que la hondura no es considerable: pero cuán bello es su tinte cuando más resplandece el sol! Se cree ver el fondo aunque esté muy lejos, y agitarse en el líquido transparente todo un mundo de seres desconocidos. Es que este color de la esperanza atrae y sugestiona. En ese desierto móvil, hay vida y hay poesía; y si la borrasca encrespa su superficie y la convierte en grandes ondas que al chocar entre sí forman cascadas de imponente rumor, el encanto sube de punto y apenas se siente el columpio de la nave que cruje, se levanta y se hunde en constante alternativa, embarcando torrentes, pero venciendo siempre a paso tardo las furias combinadas de Bóreas y Neptuno.

En los días tranquilos que se sucedieron hasta la línea, la vida fue monótona, salvo uno que otro incidente extraordinario.

A sesenta o más millas de las playas de Maldonado, encontramos una barca italiana, la "Pascuale Laura", quieta, que hacía señales, pidiendo médico. El buque se detuvo; fué el facultativo, y trajo un enfermo. Era un marincero ya viejo, que padecía de hernia, a causa de un esfuerzo desmedido para sus años al mover pesos en su barco. Flaco y extenuado, denunciaba a lo lejos poca nutrición, sin duda de pura féculas, y una salud destruída.

Se le acogió con simpatías, y fue operado a las pocas horas.

Esta novedad puso en movimiento a toda la gente, que en grupos la comentaba con espíritu compasivo. A cada instante se indagaba por el estado del doliente, distinguiéndose las señoras en esta solicitud. El médico, simpático joven, respondía que había esperanzas de salvarlo...

El día muy hermoso, por otra parte, distrajo los ánimos.

Mientras yo hacía una partida de ajedrez con el señor Jorge Ufnagel, instruído y atento agente de negocios que venía de Paysandú para Amberes, otros jugaban al "sapo" o "toro", y al "billar" de abordo. Las damas sobresalían en estos pasatiempos, de títulos tan extraños, y entre ellas una joven delgada y rubia que viajaba con su tía.

La esplendidez del ocaso, nos llevó a cubierta, cesando los juegos. Ufnagel había perdido al suyo, con la entrega de la reina.

Caía el sol. Al verde de las aguas, se iban sucediendo multiplicidad de reflejos, no siendo el menos bello el de la sombra pardotornasolada del humo de la chimenea que en largo y espeso penacho dejaba a estribor el barco. La ancha estela y el borbollón de las espumas aparecían más blancos que la nieve. La atrevida procelaria del cabo venía junto a la banda en raudo vuelo, y a intervalos se abatía sobre las aguas agitadas por la quilla para hacer su pesca. El aire estaba tibio; la noche se presentía de una serenidad majestuosa.

Ya Sirio había aparecido y brillaba nítida la constelación de Orión.

Recostado en la borda, recordaba yo una reciente lectura de Cooper, con descripciones espantables sobre los furoros del mar, y la imagen siempre seductora con una aureola de abnegación y de pureza angelical de Roderick, la casta hermana del pirata rojo, cuando interrumpió mi divagación, un ruido leve de vestido de linón y muselina; algo así como un aleteo de mariposa nocturna que busca sitio donde posarse, cansada de divagar también.

### III

#### *Della cadente luna...*

La rubia delgada y pálida, estaba cerca. Se había apoyado en la baranda, con una mano en la mejilla, silenciosa y abstraída.

Yo la miré, pero ella no hizo caso de mí.

Esto no me arredró; y como tenía descos de hablar, dije, por empezar en alguna forma:

—Cómo brillan los astros esta noche, señorita Ofelia.

—¿Por qué cree usted que me llamo Ofelia? —preguntó en buen castellano, con acento dulce.

—Se me ocurre. Es usted esbelta, blonda, de ojos celestes...

—No es razón. Pero le diré. Cuando pequeña me hicieron representar el papel de la heroína de Shakespeare en una fiesta de carácter, y por esto me sorprende...

—Sin duda iba usted coronada de amapolas y pastitos pintorescos. Adiviné eso, y de ahí...

—No. Mi nombre es Josefa.

—Me extraña mucho que una señorita sajona se llame así.

—Yo soy argentina, hija de ingleses. Me llaman Jessie.

—Ah! Más me gusta en español, francamente, y antes que Josefa, Pepita. Señorita Josefa: parece que usted mira a los dos azules con alguna melancolía.

—A mi nada me hablan las estrellas.

—Pues. Las pobres no pueden conversar. Me refería al lado poético de la vida, algo que pudo usted dejar en Buenos Aires...

—Yo no tengo el alma poética.

—Es otra cosa. Yo no soy poeta. Sin embargo, usted hizo cuando niña el rol de Ofelia, la que lanzaba notas de sentimiento adorable como las arpas éolicas.

La señorita Josefa se encogió de hombros, mirando las aguas con aire de indiferencia.

Estuvimos un rato callados.

De pronto ella dijo, con naturalidad y sencillez:

—Me voy, porque mi tía va a creer que me he tirado al mar.

Y sin recogerse siquiera el vestido, desapareció en un instante.

Descendía espléndida la reina de la noche, trazando un camino de plata en la superficie serena del océano; y sin pensar ya en la escena ocurrida, se agolparon en mi memoria los celebrados versos de Leopardi: —“plácida notte— e versecondo raggio della cadente luna...”

#### IV

##### *Vía de la esperanza*

Después del *verdadero* y a medida que la nave se alejaba de las costas entrándose en la cuenca del Atlántico, vino el Zafir, un azul incomparable rizado por suaves escarceos, en cuyas crestas la luz solar improvisaba millones de brillantes. Por esas latitudes la sonda verificaba pasmosas profundidades y ya no se hablaba de doscientas brazas sino de dos mil metros.

Aún siendo el viaje tranquilo, por la noche no lo era el descanso. El golpear constante de la máquina con el ruido de un galope de cuadrigas furiosas; el roce de los cabos y cadenas en el puente o la cubierta, sobre todas, las del timón: rumores semejantes a bramidos; el sordo vaivén de las aguas desalojadas y el bullir sin tregua de la espuma en proa y en difusa estela a popa, no permitían conciliar un sueño profundo.

Se abría entonces el Ojo de Buey, que quedaba apenas a un metro y medio de las olas, para que entrase la brisa de la alborada.

Lo primero que hería la vista, era Venus, agigantado en su ocaso con el esplendor de una segunda luna rielando en el inmenso campo azul-sombrío: luego, los bordados y arabescos primorosos de la espuma junto a la línea de flotación; después, las gaviotas de remeras negras que desafiaban al barco en el andar y se posaban en el agua por breves segundos, para alzarse bien pronto y en una sola tendida ponerse a vanguardia como exploradoras obligadas.

Cuando el sol surgía, el azul del mar se tornaba maravilloso. Mucha rareza de peces en la superficie, ni siquiera escualos y delfines. Parece que la vida se reconcentrara, aumentada por la hélice y la mole del navío. Sin embargo; la existencia de billones de pequeños corpúsculos se agitaba en aquella, según se verificó horas más tarde, al ribazo de la laguna. Se cree que este singular intercalado que altera

la uniformidad de color en el océano, sea producido por un polvo amarillo de las costas brasileñas, más liviano que el agua y transformado por las sales marinas. Sea o no eso, lo exacto, el hecho es que el fenómeno interesa, y se hace admirar más que los borbotones verdes que saltan junto a la banda entre el añil tintóreo.

Cuando declinaba el día, una brisa ligera encrespó las aguas; y empezaron a sucederse los escalones de olas; que al chocar con la proa se dividían dóciles en sábanas de alabastro.

En tanto la soledad aumenta con el crepúsculo, sube de punto el recogimiento de los ánimos, entre los postreros fulgores del poniente y los roncós susurros del mar.

## V

### *Reinas del pago*

Un domingo el cielo apareció de lluvia. Entonces el océano se puso terroso, otro de sus cambiantes; y sus escarceos cesaron, así que el agua de arriba golpeó reciamente la superficie. En esas zonas las rachas, duran poco: suenan, mojan y pasan. Enseguida reasoma el astro; y resplandece con mayor intensidad.

No obstante, el buque se movió más que de costumbre, retrayendo no pocos pasajeros en sus cámaras. Fue en esos momentos, ya avanzada la tarde, que surgieron por la banda de babor, muy retozonas o pendencieras —que esto no se sabe,— tres ballenas de considerables dimensiones, —lustrosa piel oscura y vientres blanquecinos. Una de ellas, que sin duda había hecho en los fondos su provisión de sardinas, se estuvo un rato quieta lanzando por sus espiráculos dos chorros verticales parecidos a geisers; en tanto que la segunda saltaba sobre el lomo de la tercera que se iba alejando como acosada, hasta que intervino la otra, que azotó con su ancha cola el oleaje, como anuncio de su poder para el juego o la lucha, y muy juntas se hundieron las tres, antes que la nave rozara el sitio, y que bien pudo parecerles un ejemplar gigantesco de su enemigo temible, el cachalote.

Entre varios espectadores de la escena, se encontraba Jori, con un perrillo a cuestas, muy contenta de aquella emoción inesperada.

Cuando vinieron otras personas al somatén, ya los hermosos cetáceos habían terminado su rápida excursión, y no reaparecieron. La señorita Josefa quedó inconsolable.

Como yo le hiciera concebir esperanzas de que era posible encontráramos otras más adelante, ella se lo dijo a un oficial del buque, bastante veterano y cerrado a toda banda, que miraba con un lente el lontananza en busca de una vela apenas perceptible.

Contestó que yo estaba en lo cierto; y volviéndose a mí, preguntó con mucha gravedad en alemán crudo del tiempo de Blücher, si yo había viajado mucho.

Jessie tradujo.

Respondí muy serio en castellano:

—Por estos pagos, no.



Por primera vez vi sonreír de buena gana a Jessie; quien al parecer había dejado el lecho al murmullo de abordó, pues siéndole propia una palidez marmórea, tenía las mejillas llenas de rosas, frescas y encendidas.

## VI

### *Jori y las lardas*

La noche fue de fosforescencias muy nutridas en rededor del barco, debido al rozamiento de su quilla. Cruzábamos latitudes próximas al ecuador, en pleno estío. Esas fosforescencias son respecto a las aguas saladas, lo que los lampáridos y luciérnagas a las tierras, con la diferencia de que los del mar necesitan del contacto de un cuerpo extraño para encenderse a millares con una luz verdosa muy bella. Algunas remedan grandes "tucos" u ojos que brillan desde el fondo de tinieblas como en una selva espesa.

La orla de encaje que la espuma forma a las dos bandas, se matiza con estas chispas y aún placas de claridad instantánea, a manera de relampagueos.

La joven de Yokohama se recreaba contemplando estos detalles de la marcha, que acaso traían a su memoria otros idénticos o más interesantes de los mares del Japón. Como buena isleña, no apartaba la mirada de la línea móvil.

Jori-Kamatzu era de corta talla, pero bien formada, y aparecía elegante aún cuando vistiese a la usanza de su país, lo que hacía en determinadas ocasiones, con sus trajes pintorescos de grandes floreos, una como mochila a la espalda ceñida a la cintura para suplir el corsé, el pie desnudo y pequeñito en una especie de coturno blanco arqueado en la punta, la abundosa cabellera en promontorio y un grande alfiler o flecha cruzado al medio.

Por lo demás, lozana, tierna, alegre, con diez y ocho años por despunte, unos ojillos negros relucientes que se escondían bajo párpados elongados hasta perderse de vista cuando se reía, boca regular de labios rojos y carnudos, dentadura deliciosa, nariz casi esfumada en el plano cóncavo de su fisonomía color de cera dorada y orejas diminutas.

Al observarla atento, sin que ella se diera cuenta de eso, me complacía que estuviera pensando en su patria muy lejana, y de lo que allí dejó de inolvidable y querido.

Entendía un poquito el castellano, por una estadía de ocho meses en Buenos Aires con sus señores; pero no se atrevía a balbucear una frase ante persona extraña.

Le dirigí dos veces la palabra; me miró y se sonrió triste.

Esta raza amarilla tiene mucho de noble y dulce en los modales y los procederés. Hasta el habla aunque parecza rara, simula el canto bajo de un pájaro que se queja. Jori tenía una voz suave como seda, una mirada inteligente y una sonrisa graciosa.

Estábamos cerca el uno del otro, y parecíamos indiferentes. La atmósfera densa y tibia invitaba a permanecer junto a la borda, hasta altas horas. Pero, Jori se fué.

La señorita Josefa se apareció de pronto; y aproximándose a mi, dijo quedito, apoyando el codo en la baranda:

—Enséñeme usted lo que hablan las estrellas.

—Si usted no tiene el alma poética, difícilmente será comprendido. “Ay, del que nace poeta” como “ay, de la que nace hermosa”! Estas frases son ajenas, y las he leído por casualidad en algunos de esos libracos que entretienen a los desocupados. Yo soy como usted positivista. Nada de poner ojo melancólico al éter, ni de pensar que soñando un poquito la vida sería más grata. Cosas de bardos llorones, señorita Josefa: o de novias, que no tienen más remedio que fantasear, mientras no están en posesión del novio...

—Menos conozco eso.

—Oh, no dudo! Yo lo decía, porque los *buenos partidos*, como se estila hablar en idioma práctico: o sea novio hermoso, rico y caballero, especialmente rico, sólo baja de vez en cuando.

—¿De las estrellas?

—Tanto como eso, no. Pero, a este mundo opaco, bajan montados en un rayo de luna, barrio equivalente, y el más cercano.

Jessie se fue tarareando algo de sus musiquillas familiares; y a los pocos momentos regresó con su aire marcado de abatimiento y languidez para ponerse cerca de mi, con la vista en los buques lejanos, como si aún no hubiéramos cambiado una palabra de atención y cortesía.

Jori Kamatzu, cruzó a nuestro lado, con su perenne sonrisa, y uno de los perrillos a cuestas, —el que no tenía hocico,— muy orondo sobre los senos de la virgen amarilla, lo mismo que un nene regalón.

Jori se dejaba besar por él a cada paso, y le permitía que le lamiese la mejilla y un ojo de los muy pequeños que ostentaba.

—Jori tiene sus afectos, —susurré.

—A mi no me gustan los perros.

—Oh! lo mismo me sucede a mi. Se toman con frecuencia libertades que incomodan al más bondadoso.

Pero volviendo a nuestro tema primero, repito que yo no soy poeta. Mi poesía, si la hay, o aquella a que me refiero, es otra que la de los versos.

—He estudiado poco. Confieso que no se nada.

—Yo tampoco. Con todo, pienso que hay cosas que no se aprenden en los libros...

—Será así —replicó con un gesto frío y displicente. Ha visto usted como brillan luces extrañas en el mar? En la estela más, cuando la espuma se levanta. Vamos a popa?

—Con mucho gusto. Las estrellitas del agua la preocupan más que las de arriba.

—Están cerquita.

En esta joven impasible, con el cabello dorado, en parte caído sobre su rostro delgado de una blancura extrema sólo se descubría una curiosidad casi infantil.

Fuimos a popa.

Era como ella decía. Allí sobre el rastro que dejaba el buque, las lardas se multiplicaban al infinito, siendo algunas de ellas de

gran magnitud, las semejantes a “tucos” de doble foco que lucían muy debajo del remolino formado por el timón.

—Esas grandes ¿no le parecen a usted ojos de ondinas o sirenas mitológicas sorprendidas en su sueño, que se abren y destellan irritadas?

—Yo no conozco sirenas ni ondinas.

—Yo mucho menos! lo que he visto, lo ha visto usted: bichos de luz, y muchos muy opacos.

—Ahora me acuerdo —dijo ella— que mi tía iba a tocar el piano, y tengo que arreglarle los papeles.

—En ese caso, señorita Josefa, ruéguele usted que no se olvide de Strauss.

—Bueno.

Y nos volvimos a prisa.

Jori estaba de nuevo en su sitio, mirando las lardas.

## VII

### *Una hernia*

Jessie no entendía de cosas estelares, ni de poesías terrestres; pero, en cambio, jugaba muy bien al “sapo” y al “billar” de abordo. Lllaman a lo primero, un ejercicio de tejos lanzados a mano sobre un cuadro con números dibujados a tiza; y, a lo segundo, a otro cuadrado idéntico, al que hay que arrojar los discos con un taco provisto de paleta en el extremo, empujándolos ras a ras con el piso hasta acertar las casillas prefijadas, desalojando las del contrario si es posible.

Eran pasatiempos muy agradables para algunos pasajeros, que creían en ellos facilitar la circulación general y abrir el apetito.

Tal vez no lo hiciera por esto la pálida rubia, sino más bien por no dormir mucho de día y matar largos momentos de aquel pequeño mundo del fastidio.

Ella era argentina; pero su índole genial, sus gustos, sus costumbres, el propio idioma que más cultivaba eran sencillamente ingleses: una educación moderna *selecta*, como muchos creen, a propósito para la lucha por la vida.

Todo ello no obstaba a que Jessie fuese un tanto melancólica, con tendencias al abstramiento y al retiro solitario, efectos tal vez de la educación primera; y si a todo ello se agrega la falta de imaginación en desarmonía con el sistema nervioso, de suyo vivo y soñador, se comprenderá por qué puse empeño más adelante, en los grandes centros adecuados, por estudiar en una de sus fases siquiera a la mujer sajona en sus puntos de semejanza o diferencia con la latina. Jessie, tipo intermedio del exótico y el nativo, dio pábulo a esa idea.

En lo que estábamos medianamente de acuerdo, lo que no es poco, era en la afición por ciertas piezas de piano; con la música de Wagner sobre todas, que su señora tía ejecutaba de un modo admirable.

En tanto resonaban las teclas deliciosamente bajo las manos maestras, ella volvía las hojas y tarareaba con su aire indolente, y una vocecita de flauta, como si hablase en tono de escala con espíritus invisibles.

El joven médico de abordo, con una simpática voz de tenor, solía cantar en alemán, acompañándose él mismo en el piano; y hasta hubo de atreverse más de una vez al *salve dimora*, con algún descabro.

No ponía Jessie mucha atención en estos conciertos entre mar y cielo.

Al otro día se impresionó de veras al saber que en la noche había sido arrojado un muerto al agua.

—¿Es verdad eso?— me preguntó.

— Sí. A las doce en punto. Se ha perdido usted un espectáculo solemne, a causa de entregarse temprano al sueño.

—No me diga, usted! ¿Y qué pasó? El muerto es aquel enfermo que recogimos de una barca?

—Exactamente: en la barca "Pasquale Laura". Sucede que, operado de una hernia producida por un esfuerzo desmedido en las tareas de su buque, el pobre marinero que ya era viejo para esas fatigas no resistió al bisturí, y falleció a las pocas horas.

—Y decían que seguía mejor: ¡qué deseos de engañar!... Y una hernia ¿qué es?

—¿Una hernia? ¡Friolera una hernia!... Diré a usted, aunque no soy perito en la materia, cómo la definen los patólogos. Este mal consiste en una prolongación del peritoneo o tumor en forma de saco, blando, elástico, que se forma en el ombligo o en las ingles entre los músculos del abdomen, y...

Aquí me interrumpió mi indagadora con gran frialdad, observando:

—¿Eso es lo que le enseñan a usted las estrellas?

—No. Pero sí las cosas de la vida positiva, que a usted tanto gustan.

Ella se fue a largos pasos con los brazos caídos, como una libélula bañada por la luz de la luna, y se perdió pronto en la sombra del entrepuente. Acostumbrado a aquellas rarezas, me puse a mirar el mar junto a la línea de flotación.

Brillaban los corpúsculos con un fulgor muy vivo de relámpagos verdes en mayor número que nunca, y algunas veces se dilataban en círculos concéntricos con chispas celestes entre las burbujas bullidoras.

El azul profundo de las aguas indicaba allí una hondura vertiginosa; y absorto estaba en los hechizos de aquellos antros sin fondo, cuando una voz muy suave sonó cerca, diciendo:

—¿Y cómo lo arrojaron al mar?

—¡Ah, es usted, señorita Josefa!... Pues. De la manera más sencilla. Envolvieron el cuerpo en una lona bien ceñida en sus extremos, y lo llevaron a popa cuatro marineros. Una vez allí, en presencia de los oficiales y demás personal disponible del barco, que al efecto se detuvo unos minutos... ¿no sintió usted cuando se paró?

—Estaría dormitando.

—Es posible. En presencia digo, de un regular auditorio, el capitán abrió un librito, y a la claridad de la bujía eléctrica leyó una oración o un salmo con la mayor seriedad. Nadie se persignó; pero los labios de todos, tremulaban en silencio. Enseguida cargaron con el difunto, a cuyos pies se habían adherido balas de buenos quilos, lo colocaron de dorso sobre la borda, con aquellos para afuera, y lo dejaron deslizar suavemente...

No hubo más ruido que el de una zambullida.

—¡Ah, qué triste!

—En verdad. Esos fueron los funerales, sin riego de agua bendita, ni cánticos sagrados. El cuerpo se fue a muchos metros, que es bien amplia sepultura para un lobo de mar.

Estuvo Jessie callada muy largo rato, y se fue sin darme las buenas noches.

## VIII

### *Secretos recuerdos*

Muy tarde me retiré al camarote, por cuyo ojo de bucy, parecido al lenticular de un telescopio, desfilaban una a una las constelaciones.

A intervalos, no venía la brisa de otras horas, sino una corriente constante de aire cálido, por lo que muy temprano me puse en pie.

Según la latitud indicada en el cuadro, pasábamos frente a Río Janeiro; y al propio tiempo, hacia el Plata, tres transatlánticos del "lloyd" alemán.

Fue un día de impresiones.

El océano se agitó un poco, el sudeste lo irizó, y marchamos regular distancia entre dos series de pequeños arco-iris, tantos cuantos fueron los repliegues de las aguas desalojadas por la quilla a mediodía bajo un sol esplendoroso.

Se divisaron montañas en las apartadas costas del Brasil, confundidas con las nubes del horizonte.

Dos grandes ballenas nos saludaron por la proa a doscientos metros, y se sumergieron juntas al verse sorprendidas en una cita.

Al oscurecer, cruza un "steamer" muy iluminado rumbo al Africa.

A estribor, un buque de vela con un farolillo a mitad del palo de mesana, que iba hacia Montevideo.

Estas naves atraen con más fuerza que los "steamers".

Se les mira con simpatía y se les saluda con emoción. Sus viajes son largos, luchan con los vientos y las olas, odiseas ignoradas llenas de episodios heroicos, que traen confundidas cien nombres distintos desde Ulyses fabuloso, hasta Colón y Solís de real gloria humana, vencedores de tempestades en carabelas y primeros árbitros de un mundo desconocido.

En razón de velocidades opuestas, apenas el velamen del bergantín se dibuja, al parecer muy lejos, no pasa mucho tiempo sin que se le vea al lado, cruzando airoso y elegante, fino y marinero,

tendido de banda, al viento todos los paños, como alas de albatros en grupo que van al encuentro de la tormenta.

Se le contempla con placer, se le dice que es bello y arrogante; que ha de serle propicia la estrella de los mares, y... se le confían secretos adioses.

Y hasta que no traspone la línea, todos los ojos le siguen, y con ellos los pañuelos blancos, en incesante agitación. Es como un buen amigo que se aleja, y que acaso nunca se volverá a encontrar.

## IX

### *A proa*

En el siguiente día, después de pasar un rato en la cámara del piloto examinando todo género de instrumentos náuticos con la curiosidad natural del que no es del oficio, hice una larga estación en la extremidad de proa junto a las anclas.

En un gran mástil delantero, en forma de un medio tonel, bien alta como nido de águila caudal, estaba la casilla del vigía. Este se relevaba cada dos horas.

En camarotes precarios, en hamacas de redes o bajo toldillos, iban unos treinta pasajeros de todos sexos y edades, en su mayor parte españoles que regresaban taciturnos de Buenos Aires.

El mal gesto de los hombres concordaba bien con la acritud de las mujeres. Se veía claro que la odisea había sido triste y el desengaño cruel.

Algunas madres daban el seno a sus pequeños, con la mirada clavada en el mar, fija y tenaz como midiendo la intensidad profunda de las noches por venir.

Niños más crecidos, de una palidez enfermiza, se entretenían en acariciar el novillo y los terneros destinados al sacrificio, y a los que se había improvisado establo junto a la borda.

Hacia el fondo, y debajo de una escalera de hierro que conducía al puente de las anclas, gruñían satisfechos dos cerdos.

Algo de arca noénica tenía aquel lugar, por la distribución de los locales, y lo pintoresco del conjunto, las especies aglomeradas, los olores y los trajes.

Buen número de sinsabores y grueso caudal de infortunio representaba sin duda aquella emigración regresiva, a juzgar por la expresión de los semblantes cavilosos, los movimientos maquinales de organismos ya extenuados, y lo mísero del equipaje.

Era aquello como una ambulancia de lisiados en cuerpo y alma: aves errantes que al venir no trajeron nada de selecto, a no ser una buena voluntad para el trabajo, y que al volver llevaban cansancio y hastío antes que un plan racional de nueva existencia en el seno de la tierra nativa.

Muy cerca del brete de los vacunos y del muladar de los porcinos, ese montón de almas y de corazones ulcerados, tenía tal vez dentro toda una desesperanza sin consuelo; pero ninguno daba la nota de amargura en sus diálogos cortos, breves y secos, viviendo

todos más bien del soliloquio, con la vista perdida en los horizontes lejanos, errabunda como la nube y la ola.

Se notaba a la evidencia en esa carga humana, pocas ideas y exceso de instintos, poca sustancia en el cerebro y mucho desgaste de pasiones.

Eran como fardos de tercera, con rótulo de desperdicio.

Uno, bastante joven y bien hablado, me dijo que era la segunda vez que tornaba, para no reincidir más en su peregrinación estéril. Ya para desencanto muy hondo decía él la prueba había sido bastante ruda!

Desde el extremo del barco, allí donde la proa hiende las aguas y las divide bullentes, la perspectiva era hermosa.

Mucho celeste de un tinte sin igual por su intensidad y su pureza: mucha brisa de estío que ha impregnado sus alas con las sales marinas y dilata los pulmones; mucho espacio límpido por delante; y en la línea ideal, una que otra blanca lona bien hinchada de bergantines costaneros que iban rumbo al Brasil.

De cerca, siempre el hervidero de las burbujas: y poco más allá, el océano sereno, terso, tan claro y transparente, que se veían nadar veloces las medusas de cinturón rojo, y desplegar las aletas a los peces voladores, para lanzarse al aire destilando gotas diamantinas.

Cierto es que los cuadros no cambiaban: pero, a fuerza de examinar día a día la zona en las dos bandas, se descubrían detalles nuevos.

Así llegamos a navegar durante horas por una de esas zonas, cubiertas de ortigas marinas en forma de rodelas o medallas, que bien pudieran compararse a grandes escamas de plata en un manto de raso turquí.

Y volviendo a los habitantes de proa debo agregar que también ellos tuvieron sus enfermos graves, sus emociones profundas y sus funerales una noche, sin vela del cadáver ni cirios, aunque con bíblica lectura o evangélico salmo.

Con este motivo, mi compatriota me informaba que poco tiempo antes de partir ella de Montevideo, había llegado a esa capital un vapor procedente de Río Janeiro, a cuyo bordo había muerto de difteria una niña de cuatro años, siendo sus restos arrojados al mar en presencia de su madre casi loca de dolor. Era ésta una distinguida dama inglesa que viajaba sin su esposo.

Al regresar de la excursión a proa, ya caían las sombras de la noche, y me encontré con Jessie recostada de espaldas en la borda.

—¿No vio ballenas? me preguntó con bastante aire de aburrimiento.

—Ninguna; y eso que, según entiendo esta es su región predilecta. Se habrán retirado a dormir.

Sonrióse mi compañera de viaje; y dando un cuarto de conversión, apoyó en sus dos manos el rostro, y los codos en la baranda.

Yo hice lo mismo a su lado.

Detrás de los dos, a corta distancia, sentí un paso firme, y ruido de sillones largos como camas, que se ponían en arreglo.

Eran la uruguay y sus niños, que ocupaban sus asientos como de costumbre, media hora antes de la cena, para saciarse con el aire del océano.

## X

### *Las águilas azules*

—Hágame un cuento, entonces —dijo Jessie.

—Tengo poca gracia.

—A mi me gustan los pájaros, las flores...

—De pájaros se uno: pero no le ha de parecer agradable a usted, porque se trata de cuervos.

—¡Al contrario! ha de ser curioso.

—Pues a él sin reparos.

—Tengo un amigo naturalista, ornitólogo muy bien preparado.

—Ya no es cuento.

—No; historia que lo parece, por lo extraña.

—¿Sigo?

—Vamos a ver.

—Decía que este amigo ornitólogo, como una de sus tantas originalidades, se propuso criar unos cien cuervos, al igual que otros crían gallinas de un solo plumaje, canarios, jilgueros o calandrias.

—Las calandrias son muy lindas.

—Sin duda. Conoci a un bizarro gauchito que se llamaba de apodo Calandria, porque cantaba en la guitarra hasta hacer llorar con su voz la prima y la bordona.

—A mi no me gustan los gauchos.

—Sí; pero hablábamos de paso de las aves canoras como esas, que por lo silvestres y solitarias son también medias "gauchas".

Vuelvo a los cuervos.

Mi amigo llegó a reunir su gran banda de plerirostros, todos parejos de color negro pardo con visos pavonados, y las cabezas de tornasoles, jóvenes, fuertes y arrogantes, al punto de ser su encanto todas las mañanas el distribuirles carne en abundancia.

Al propio tiempo, ponía todo esmero en mantener media docena de cisnes que ellos al parecer no miraban con malos ojos: cisnes de una blancura que fascinaba y que tenían las pupilas celestes: de esos que dicen viven cien años y cantan al morir.

—Yo no creo en tales fábulas.

—Oh! yo lo mismo, señorita Josefa: ni creo tampoco en el caballero del Cisne.

Para mi, eran "cisnes ideales" que mi amigo, como todo sabio o medio sabio, se forjó en su natural extravagancia. Pero él los daba como reales y existentes.

—¿Qué, se murieron?

—Veo que empiece usted a contradecirse.

—No. El cuento me interesa.

—Reanudo. Observando unos pocos cuervos de cabeza calva que en las rocas vecinas solían posarse, entre ellos, más de uno parecía tonsurado, cuan bien eran atendidos los plerirostros jóvenes,



vinieron a colocarse bajo el ala protectora del naturalista; y aunque éste con ojo experto notó que aquellas calvicies, algunas prematuras, denunciaban aves maternas y acaso muy viciosas decidióse a permitirles la junción dada la buena armonía que entre todas parecía reinar, sin perjuicio de ahuyentarlas, apenas vislumbrara principio de corrupción o de mal ejemplo.

Sin embargo: apesar de su vigilancia, ausente algunos días, llegó a advertir, aunque tarde, que habían desaparecido con varios de cabeza pelada, bastantes de los cuervos jóvenes; y le llamó la atención que, entre los restantes, figurasen todavía dos o tres de los calvetes.

Mi primera intención — me dijo—, fue la de acabar con ellos con una escopeta cargada de sal gruesa; pero, los vi tan discretos y graves, permitiendo que los jóvenes les rascasen las lacras y le espulgasen los avisujos con tal aire de inocuidad patente, que desistí por el instante de mi idea de exterminio.

—Yo que él no dejó uno vivo de los intrusos.

—Ahí verá usted.

Los sabios son previsores para todo, menos para cuidar de su haber propio. Edifican, destruyen y reconstruyen, y a veces andan sin corbata.

—Sí, ¿pero el cuento?

—Para colmo de males, viene de improviso una peste, una especie de “muerte morada” y le fulmina en pocos minutos los seis cisnes, sin dejarle siquiera tiempo para el empleo de algún específico o reactivo eficaz.

Apesadumbrado con tamaña pérdida, resuelve conservar embalsamadas las aves magnificas que constituían toda su afección de ornitólogo y su ensueño.

Al efecto, hechas las preparaciones químicas necesarias, puso manos a la obra apenas aclaró la mañana.

¡Qué decepción amarga!

En el instante se fijó que todos los cuervos viejos y jóvenes se habían ausentado; pero lo peor del caso fue que, al examinar los yertos cuerpos de los seis cisnes, pudo verificar con espanto que aquellas malditas aves negras los habían cribado a picotazos para devorarles los corazones y los doce ojos celestes.

Desde ese día —agregó, para concluir su lamentable historia—, juré no criar más cuervos y disparar con sal gruesa al primero que asomase por mi quinta.

Ahora —siguió diciendo resignado—, empleo algún tiempo en la cría de águilas, de las azuladas que giran en las sierras...

—He visto de esas en la sierra del Tandil, y también en la de la Ventana —observó Jessie pensativa.

¿Y no tiene miedo que le suceda con ellas algo peor? Yo lo digo por los patitos y los pichones.

—Parece que no. El aguarda el resultado, que a su juicio ha de ser satisfactorio.

Afirma que hay nobleza ingénita en las aves que vuelan muy alto y se bañan al sol.

—¡A propósito! exclamó de súbito Jessie golpeándose las palmas de las manos. Han llamado a la mesa... Usted ha hablado de una peste morada y con ello me recuerda que tengo que hacer colocar el ventilador cerca del asiento de mi tía, pues la pobre vive en un tormento a causa de los golpes de sangre en el rostro.

—Bien pensado, señorita.

La simpática joven se marchó apresurada. Mi compatriota, que estaba descansando con sus niños en las amplias sillas de cubierta, y que sin duda había escuchado lo bastante del cuento, me dirigió la palabra con su tono sajón enérgico, para decirme:

—Muy lindos los cisnes de ojos de cielo.

—Así es, señora; pero *ideales*, como el del héroe de los nibelungos.

—En eso está su belleza. Y habrá Jessie entendido bien el apólogo.

—Quizá por completo, aunque se reserva.

Se rio aquella interesante mujer; y mirándome con expresión sagaz, murmuró:

—Pronto le ha de anunciar su amigo naturalista que para quedarse sólo con ellas, ha hecho concluir todos los plerirrostrós y lechuzones por las águilas azules.

—Sería una excentricidad de sabio, señora. Lo sentiría por todos esos pobres avechuchos, que tienen igual derecho al aire, la luz, el agua y la tierra.

—Menos los cisnes ideales

## XI

### *Un peñasco sombrío*

Durante tres días las perspectivas siguieron siendo las mismas, así como las impresiones: magníficas, transatlánticas por una y otra banda, barcos y bergantines veleros, pues marchábamos a treinta millas de las playas a que arribó Cabral ha siglos, también en carabelas; la marea, el oleaje, la calma, las fosforescencias; los cielos ecuatoriales con sus nubes róseas y aperladas, y sus selvas fantásticas en el horizonte al ponerse el sol.

Un sábado, declinando el día, viéronse destacar a lo lejos las montañas de la isla Fernando Noronha; y esto fue emoción para todos. Se tropezaba, aunque fuera de paso, con tierra habitada.

El panorama era muy atrayente.

Hacia la izquierda, una línea de cantiles dentados, al fin de la cual se distinguía una gran arcada o túnel formado por la perforación natural de las rocas. Luego, una corta serranía. Después una alta y extraña eminencia que tiene en la cumbre por complemento una piedra cónica muy aguda que parece va a desplomarse. Enseguida, otra meseta, rematada por un cerro de tres picos, visto del sur. Al final de los estribaderos, y como último retoque, un peñasco que se alzaba en la playa a manera de garita, semejante a un faro a lo lejos. Paralelo cuarto, bajo el ecuador.

El espectáculo se presenta más pintoresco, doradas las masas berroqueñas por las postreras luces del ocaso.

El pico por delante, se iguala a una almena de castillo feudal, con mil pies de altura.

Espontánea y acertadamente acudió la estrofa de Andrade:

En la negra tiniebla se destaca, —como un brazo extendido hacia el vacío— para imponer silencio a sus rumores...

La isla es un antiguo presidio. Se me informó a bordo que ahora lo era para delincuentes comunes y políticos, dato que no he podido confirmar más tarde.

Al pasar, brilló una luz muy viva en la falda de un cerro, y el barco saludó con sus silbatos.

La sonda arroja en aquellos lugares más de tres mil metros.

Siempre andando, rumbo a la isla de San Paulo, que no vimos en alta noche, al día siguiente a las cinco de la tarde tocamos la línea del ecuador, con cerca de una legua de profundidad.

Para celebrar el suceso, hubo fiesta de marineros, y mucha alegría a bordo, en plena mar, muy lejos de toda tierra.

Empezó por una murga a proa, en que se mezclaba el vals menudo a punta de pie de otros tiempos, con la mazurka clásica y la jota aragonesa, todo con instrumentos improvisados y grotescos.

Luego aparecieron el oso bailarín y el caballo escarceador, pasándose la "troupe" a cubierta, a título de un fuero tradicional de marina mercante que autoriza el jolgorio una vez que se llega a mitad de la jornada. Escena de circo, con menos detalles; y la murga sin cesar, como estimulante de las cabriolas de los pobres marineros, eso fue todo hasta medianoche.

El cielo al levante y al setentrión, se presentaba cargado de densos vapores. El aire ardía. En vez de decrecer en proporción del avance hacia el norte, el calor aumentaba por grados.

## XII

### *Las calzas de Kamatzu*

Así es que el baño de la mañana fue poco tonificante, la atmósfera muy cálida, y el paseo por la cubierta fatigoso.

Las nubes seguían aglomerándose, hasta que descargaron gruesa lluvia sin relámpagos ni truenos. Duró media hora: reapareció la estrella; se esfumaron los celajes, y el calor continuó en incremento.

Varias barcas atravesaron por babor.

Una de ellas con bandera noruega, se detiene y pide grado de longitud. Estábamos a veintiocho y medio. Enterada por gallardetes, prosigue su ruta, saludando.

Como las caravanas en el desierto, *mudos recuerdos!*

Los celajes volvieron por la tarde, casi transparentes, propios de los cielos tropicales, por el soberbio matiz de sus contornos, grana, mordoré y lila.

Son como las gasas y tules con que se adorna la luna al empezar a lucir, y a los que cambia de color con magia de serpiente.

Antes del ocaso y entre grandes sudores, Jessie toda vestida de muselinas había ganado dos partidas al "sapo" o "toro" de abordo;

y Jori se había paseado por el puente multiplicadas veces con un perrillo de Yokohama debajo de cada brazo.

La señora tía de Jessie que como es sabido, era muy encendida de rostro, no dio punto de descanso al abanico.

La hora de la mesa servida era para ella la mejor, porque se le había puesto al lado un ventilador especial de mallas, forma de molino, que le permitía alimentarse con algún desahogo.

Al terminar Jessie sus partidas, la felicitó; y entre otras cosas banales le dijo:

—¿No ha notado que Jori no usa medias cuando viste de carácter?

Se quedó ella un momento pensativa, enjugándose la frente.

Luego respondió:

—En todo se fija Ud., y parece que no mira.

—¿Yo? Tengo la vista cansada.

—Para eso, no.

—Algún reojo, por accidente...

Volvió a ponerse Jessie taciturna, hasta que murmuró con su acento dulce:

—Y cuando yo juego ¿usted me mira?

—¡Oh! de ninguna manera. Siempre tengo los ojos en el mar, para descubrir velas muy lejanas, por mi tendencia a "presbita". ¿De cerca? de cerca veo poco.

—No parece... ¿Le interesa que Jori ande sin calzas?

—¿A mí? ¡Es un error! Yo decía eso, porque como el vestido a usanza japonesa es abierto por abajo, las piernas no debían enseñarse si no son lindas. Cuestión simple de estética, señorita Josefa, nada más.

Me dio la espalda, y se fue tarareando con voz de flautita una canción inglesa.

### XIII

#### *Nuevos funerales*

En el barco se servía la mesa tres veces al día: a las ocho, a la una y a las siete, anunciándose cada función con un doble toque de campanilla.

Nunca faltaban clientes a las tres llamadas, porque la habilidad de casi todos los pasajeros consistía en comer y en dormir.

Por otra parte, los manjares eran buenos, con productos del Plata, en carnes, legumbres, hortalizas y frutas: por manera que, aunque la cocina fuese alemana, en la mesa había cierto sabor al terruño.

Se llevaban además tres vacunos en pie, un novillo y dos terneros como reserva: los que a su tiempo fueron faenados, una vez pasada la línea.

Después de la cena, se hacía un paseo por la cubierta; se jugaba al besiz, al dominó o a la pata de cabra; o se bajaba nuevamente al salón para intermezzo de piano y canto.

En la ejecución de ese instrumento, sabido es que sobresalía la señora tía de Jessie; pero, aquella apreciable dama, por la causa ya explicada, necesitaba de aire exuberante para amortiguar sus claveles: y de ahí que no siempre se considerase dispuesta al lucimiento de sus habilidades, prefiriendo la brisa a los triunfos del concierto.

Esa noche no se tuvo pues, velada musical; pero en cambio el barco se movió y se oyeron muchos ruidos, de esos muy complicados y extraños que sólo define el que no se marea.

El maderamen gemía y gritaba, mezclándose a sus quejas ruidos de cadenas, lingotes, mangas, máquinas, hélices; y en el propio lecho, los soportes parecían quebrarse como ramas secas, y bailar el elástico de acero a cada trepidación, cual si de abajo lo golpearan puños de colosos.

Los cristales al chocarse lanzan ecos de capofone; caen diversos objetos a uno y otro lado; las argolillas del cortinado hacen música de trinos; el ropero se lamenta a cada columpio; y por el ojo de buey se entra un vaho fresco salino entre rocío de espumas diluidas por el viento.

—Para esto no vale la pena comer tres veces, —decía al día siguiente un pasajero incomodado, cuando ya habían concluido los vaivenes de la marea.

Contribuyó a olvidar las malas horas, el pasaje a un flanco de San Antonio, la mayor de las islas de Cabo Verde.

Circuían densos vapores la cumbre de su montaña más excelsa. En el fondo, hacia el este, se dibujaban otras islas adyacentes, también coronadas de celajes. La de la isla principal, vista de lado, remedaba un enorme cachalote que tuviese escondida media cabeza en el agua.

La noche nos alcanzó en ese tránsito, y pudimos confirmar que los gigantes de piedra al resplandor de la luna se parecían bien a los espectros del abismo que esbozan viejos marinos en sus relatos legendarios.

Entre marejadas y calmas, nos pusimos a dos días de Madeira, puerto deseado, porque podrían pasarse algunas horas en tierra, mientras el transatlántico hacía su carga y su provisión.

El sábado a comienzo del alba, se celebraron nuevos funerales a bordo.

Un pasajero muerto a proa fue arrojado al piélago, reinando clara luna y fuerte oleaje, no muy lejos de las Canarias.

Según práctica, el buque hizo alto por breves momentos; pero la ceremonia se efectuó en la extrema banda de estribor, sin que Jessie presenciase tampoco esta vez un entierro en alta mar.

Por sistema o precaución se ocultan en lo posible los decesos de abordó; y se espera que todos estén entregados al sueño, para detener la marcha, y proceder al lanzamiento de los despojos.

## XIV

### *Flor hiperbólica*

Teníamos lejana todavía la isla de Madeira, y era una tarde de calma asombrosa, al punto de no verse ni una golondrina de mar, ni un rizo en las aguas, ni una negreta vagabunda.

En cambio se agrupaban a un lado, como formando una sola línea con el océano, nubes de muy extraños colores, remedos de selvas y de playas de arenillas de oro, que iban acentuando la ilusión de un paisaje verdadero, a medida que el sol se hundía en el ocaso y tomaba creces la refracción de la blanca luna.

Se pasaron largos momentos en el puente del timonel, mirando con anteojos, alguna vela perdida a lo lejos que marchaba de frente y al través, apartándose cada vez más de nosotros, al igual de una gaviota que vuela firme y segura hacia remotas riberas, sin preocuparse para nada de las ondas ni de los vientos encontrados.

Cuando volvimos a cubierta, el astro a medio esconderse aparecía como un horno imponente de un rojo subido. La atmósfera estaba llena de ardores.

Se recurrió a los baños. Pero también parecieron calientes.

Tornóse a cubierta, con esa pertinacia propia de los que quieren mucho oxígeno, un aura cualquiera que refresque y reactivos contra el hastío.

Las nostalgias del encierro en los camarotes, por cómodos que sean, deben ser peores que los de una celda en suelo firme, porque hasta altas horas de la noche quedan abandonados.

Los espacios inmensos agua y cielo, atraen, por más que ninguno se ocupe de ellos.

Nos aglomeramos pues, en la borda y allí se conversó de todo lo concerniente al largo viaje empezando por el juego del "sapo", tan divertido para tantos viajeros.

Al cuarto de hora, como de costumbre, se fue operando la disolución de la tertulia improvisada.

Me iba a retirar a mi vez, cuando mi compatriota me detuvo un instante, para decirme:

—Tendré mucho gusto que usted lea un pensamiento puesto en mi álbum por un poeta uruguayo, y mañana se lo enseñaré, para que me de opinión.

—Me será agradable, señora...

La señorita Josefa nos interrumpió aquí, diciendo, como si no hiciera más que reanudar un diálogo suspendido:

—También me gustan los relatos sobre flores, pero de flores raras que pocas veces se ven...

—¡Qué casualidad! —exclamó mi compatriota con extrañeza.

Sin dar importancia a la ocurrencia, Jessie se puso a mirar el mar, cual si buscara un nenúfar soberbio o una victoria regia del tamaño de una fuente.

—Por aquí no hay ni flor de camalote —respondí, siguiendo su vista vaga.

—Ya se.

—Me pone usted en serio compromiso, porque yo no pulso la lira.

—Yo no quiero flores de poeta. Pido que me hable usted de flores de verdad, así como de los cuervos...

—Es distinto. Pero, me parece muy difícil complacer a usted.

—¿Ya volvemos?...

—¡De qué flor he de hablarle!

—De alguna de su país, que afirman es tan bello.

—Verdad, así lo creo yo; sin que esto importe pretender que otros no lo sean en alto grado, y lo superen. Sus jardines no difieren de los de otras regiones.

—No, —prorrumpió la uruguaya en su mezcla anglo-española— según el poeta que puso el pensamiento en mi álbum, hay allí una flor que no está en todas partes, porque es propia nacida de la tierra.

Si ustedes quieren pasar al salón de lectura, yo lo mostraré ahora, sin esperar mañana, como dije.

—De acuerdo.

Fuimos con Jessie al salón: y no habíamos terminado de instalarnos junto a una elegante mesa de bésig, cuando mi compatriota estaba ya de regreso con su álbum.

Era éste pequeño, de tapas finas con incrustaciones de nácar, y unas iniciales doradas en el centro.

Contenía diversas banalidades, de esas que se llaman “pensamientos”, aunque más se asemejen a flor de cardo o a “santamaría cimarrona”.

No importa esto negar que hubiese en realidad dos o tres hermosos.

Por su intención, descollaba esta alegoría, que era a la que se había referido la dueña de los autógrafos, escrita así textualmente en tinta violeta:

“*Flor-doble*. — Es de tinte blanqui-rojo, llena de misterioso encanto.

“Nace en el bosque; aparece en la falda de las sierras, en rivalidad con los claveles del aire; surge en el valle; brota a millares en la orilla de los ríos, en las márgenes de los arroyos, y hasta en los bordes de las lagunas.

“Para todos tiene interés en el llano, en la altura, en los cármenes urbanos, en los campos más desiertos, al ribazo de los lagos, en los montes abruptos, en la tapera abandonada, en el potrill oscuro.

“Se le suele ver al pie del ombú gigante; luce en el ventanillo de los ranchos; se impone en las cuchillas a las pobres margaritas; humilla arrogante a la violeta; y va a disputar su sitio al humilde trébol en el fondo de los barrancos...

—“¿Será la que dicen camelia disciplinada?

—“Esta flor no se llama camelia. Los hombres la arrancan y se la ponen en el ojal de las blusas; las mujeres en el seno; los niños la llevan en las manos desde que la conocen; las novias en el cabello; los viejos la conservan en floreros especiales; las viudas la riegan cada día con sus lágrimas; los huérfanos la besan entre sollozos; y no pocos ministros del Señor la colocan en los altares como la rosa de Jericó.

—“Ah!... Será la flor del ceibo?

—“No es del ceibo. Esta flor embriaga con su aroma agreste, casi salvaje, a los varones; hace desvariar a las mujeres; pone fuera de sí a los ignorantes; transforma en héroes a los valientes de verdad; convierte en mártires a los fanáticos; y es en el fondo de los hogares, algo semejante al incienso en las iglesias: su perfume llena el ambiente de cada mañana.

—“Qué flor maravillosa! Y cómo se llama?

—“Souzamérica.”

Después venía la firma del poeta.

Para mi, era un seudónimo, que respeté.

Tampoco la dueña del álbum puso interés alguno en desvanecer mi duda.

Concluida la lectura, pregunté a la señorita Josefa si se daba por satisfecha con aquella flor tan singular.

Ella se volvió rápida; y por primera vez me miró con mucha fijeza un buen momento, como queriendo leer en mi cara si yo hablaba en serio.

—Por lo demás, —añadí—, esta flor parece de mayor valimiento que la pasionaria, vulgarmente conocida como flor del mburucuyá, que contiene en sus hojas todos los símbolos del calvario.

Entonces, Jessie rompió su silencio, con aire grave, para decir:

—Así como la flor se llama, se expresan en Inglaterra al hablar de nuestras repúblicas. Lo he oído varias veces en Southampton.

—Si... Lo creo.

Mi compatriota intervino aquí con su tono resuelto habitual, y estas frases concretas:

—Los ingleses al decir, a veces, *Southamérica*, quieren significar *guerra civil* permanente.

—¡Ah! ignoraba, señora. Es una traducción bien extraña y violenta. Entonces... la pobre flor se llamará así!

—Y ha estado bien este poeta, al escribir eso, en el álbum mío?

—Ya que usted me pide opinión la daré con franqueza. Me parece que el poeta exagera, señora.

Las personas de buen pensar y de buen sentir de nuestra patria, que no son pocas, no quieren la guerra civil; y si acaso, sólo toleran las revoluciones con causa justificada y recto derecho. Estas mismas van a desaparecer muy pronto, porque nuestra sociabilidad ha avanzado ya lo suficiente para no aceptarlas sino como medios muy extremos, como se admitirían en Inglaterra misma, si el rey, en vez de un varón discreto y justo, fuese un tirano peligroso. Tal vez venga una guerra más, que asole el país por algún tiempo; pero, es mi convicción personal de que será la postrera de carácter serio por el número de elementos y de hombres en acción.

Así es que el trovador del álbum ha fabricado una flor hiperbólica...

—Pero, hay guerras siempre.

—Sí, en casi toda la América del Sud, más en unas zonas que en otras. Ninguna de ellas ha escapado o escapa a esa ley fatal. Por otra parte, sabido es que son repúblicas muy jóvenes y aún bastante despobladas. Desprendidas no ha un siglo de la vida de colonias, han hecho sin embargo bastante en sentido de sus progresos.

No se ganó Zamora en una hora.

Ningún país como Inglaterra, pasó por más espantosas y desoladoras *guerras civiles*, durante siglos enteros, para constituirse.

—¿Estuvo usted ya otra vez allí? —me interrogó Jessie algo admirada.



—No. Voy para allá de paso. Por mucho más de mil años tuvo su *flor rara*, que no se llamó como la nuestra *Souzamérica*, sino algo peor; y tuvo sus rosas más letales y terribles que las aromas de la India, llamadas “rosa blanca y encarnada rosa”.

Nuestra flor es apenas de *ayer* y pronto no quedará de ella más que la tradición.

Comparada con las viejas rosas inglesas, es nuestra *Souzamérica* una rosa de Malherbe: fugaz vida de una mañana.

—Yo no se, —dijo Jessie un poco confusa y con una ingenuidad encantadora—, pero yo creía que en Inglaterra sólo se habían peleado dos o tres veces, los hombres!

Mi compatriota, al oír esto, se echó a reír con la mayor donosura.

[Falta el f. 31 de los originales correspondientes al comienzo del capítulo XV, que aparece en los índices con el título de La isla de Calipso.]

...que los transeúntes se rozan al pasar, como en no pocas callecitas de Vigo, según pude verificarlo después. No faltan algunas calles de regular amplitud y de muy escasa extensión.

Movimiento y luz, majestuosa vegetación, clima bonancible, altas cumbres, mansas playas, mirajes encantadores, hacen de esta isla un trasunto de la de Calipso, propia para poetas y enamorados.

En un pequeño tren de rieles estriados se va a las alturas; y en cierto punto empiezan las escalinatas construidas al borde de profundos barrancos. Se suceden alternativas en la marcha, curvas hiperbólicas, entre profusos viñedos, palmas y pinos; muchos edificios se destacan en las laderas y en las lomas, o alzan sus tejados en los valles. Estos son muy hondos, y los descensos escarpados, llenos de arboledas, parras, cañas y cabañas caprichosas. Muy suntuosas construcciones de trecho en trecho, observadas de lejos, mientras se asciende, parecen castillos aéreos prontos a derrumbarse, tan atrevida es su posición en medio de aquellos antros y desfiladeros. Las callejas y senderos, especialmente afirmados con series de ligeros tramos, se hacen interminables; se prolongan, se dividen, se trifurcan, siempre asediados por precipicios que causarían vértigo, si la vida industrial no apareciera a cada paso deslizándose por grados hasta ellos con casas, huertos, quintas y jardines en borbollón, como raudos que se han convertido en villas y cármenes deliciosos antes de tocar el fondo de los despeñaderos.

Se forja la ilusión de que las gaviotas sobrenadan en el éter y no en la superficie de las aguas.

En los contornos del espléndido diorama las perspectivas son arrobadoras, pues a todos rumbos descuellan eminencias cubiertas de bosques; caseríos blancos y alegres; cortes de tierra en forma de ruedos en las colinas y de espirales en los cerrcos; cuadrados en las mesetas; sendas orladas de bananos; vergeles colgantes más bellos tal vez que los muy celebrados de una metrópolis de oriente; magnolias gigantescas; inmensos cultivos de camelias y de helechos; plátanos poderosos de sin igual umbría; pasajes llenos de flores, de encuentros inesperados, de peligro y de emoción.

La ascensión por gradas llega a rendir, aun cuando se vean nuevas maravillas más arriba: una iglesia a dos mil pies; una torre en lo alto de una montaña; y en sus cercanías, por todos lados, cabañas que apenas asoman, constantés viñedos, hoteles, mansiones de descanso y de recreo, glorietas perfumadas, avenidas dentro de boscajes, pabellones y doseles, que brindaban paz y quietud con exquisitos manjares, vinos y frutas.

Había primerizos de luna de miel, y no pocos novios de otros países, ingenuamente recostados en los asientos del tránsito, debajo de los pinos, riéndose de los afanes de los que escalaban las cimas.

En la gran maraña poética de aquel plano de accidentes extraordinarios, no se percibían rostros lindos, ni aún al pasar rasando con las vidrieras o balcones, sin que esto importe negar que los haya, pues las horas de admirarlos quizás no fueran esas. En el hermoso templo, que está a dos mil pies de elevación, no había concurrencia. En este edificio, como en muchos otros, se ha hecho obra de varón: representa un esfuerzo considerable de ingenio y de trabajo material.

El viaje de regreso hasta determinado sitio, es de poca pena.

Se baja suavemente contemplando grandezas naturales; y luego se usa de un vehículo sin ruedas, ni tracción de ninguna especie, fuera del impulso muscular del hombre que lo dirige por detrás, y marcha con gran velocidad y firmeza sobre dos maderos en forma de patines por rectas y curvas, caminillos y vericuetos, entre casas, huertos y viñedos, a los bordes de los barrancos, sin tropezar jamás, más o menos lo mismo que los carritos de las montañas rusas.

En terreno muy descendente, produce ansias, sinó vértigo, pues se le abandona a su propio arranque inicial en tanto el guiador lo acompaña a la carrera, cuidando que no se desvíe y dé en tierra con su carga o se precipite a las profundidades de uno u otro flanco, al igual de un lagarto perseguido que se arroja con el apéndice en alto ladera abajo salvando obstáculos con la rapidez de una flecha.

A pesar de este vuelo, más que viaje, el especial trineo tiene su parada de reposo, cerca ya de Funchal; y allí se vendían flores, que se aceptaron, aunque se traían muchas obtenidas en la socorrida fuente de nuestra señora del Monte, precioso paraje intermedio en la fantástica gradería que conduce a la iglesia de la cumbre.

De esa pequeña industria, como de la de guía, se ocupan los pobres siendo de notar cómo las mujeres siguen y vigilan a sus menores que expenden camelias, y a sus maridos inválidos o no, que sirven de lazarillos, en razón de la dádiva, y por si estos últimos van a destinarla a cosas impropias cuando la miseria reina en el hogar.

Algo observé también en la excursión a los cerros que me trajo a la memoria detalles del Salto uruguayo y de Concordia; y fue el canto de los gallos a la caída de la tarde, en tan crecido número, que era difícil distinguir uno completo entre una red nutridísima de notas guturales. Como en todas las cosas los de los malos y medianos en mayoría, ahogaban los de raza pura, correctos y vibrantes. Parece que los gallináceos están en proporción con las viñas, y que del pollo y el huevo se hacen grandes acopios.

Una vez en el puerto, cuando ya el sol se escondía, no pude menos que fijarme en la construcción del pequeño fuerte artillado, así como en las murallas de la cárcel.

También me habían llamado la atención algún acueducto y varios puentes de corto radio; y, ante aquella arquitectura, que se conserva en buen estado, a pesar de los años, instintivamente recordé las ruinas y vestigios aún en pie de la Colonia del Sacramento, donde Portugal dominó por siglos, con la clarividencia del conquistador de genio, que encuentra la llave de ríos prodigiosos, y prevee emporios de grandeza en remoto porvenir.

Partimos muy de noche del puerto de Funchal.

La iluminación eléctrica, tanto en la ciudad como en los apartados puntos de la isla, que dominaba la vista, era de un efecto sorprendente.

Las luces no se reducían a simples picos o bujías, pues brillaban lámparas de fuerza y grandes focos, de distintas formas y colores según el cristal que las rodeaba. La naturaleza del terreno no permitía seguir paralelas de antorchas; pero en cambio las alturas las presentaban en todas figuras geométricas, sea por su distribución casual o por arte de multiplicidad calculada.

El hecho es que, de la playa a la mayor altura de las montañas, la fuerza motriz se diluye en ángulos y triángulos, cuadrados y trapecios, fanales blancos y rojos, diademas y tres Marías, todo esparcido en un manto de terciopelo negro a manera de rubíes, topacios y lentejuelas de oro.

Era un remedo de cielo, cuyas estrellas titilan en aquellas aguas como en una lámina de plata tersa y bruñida.

Al zarpar de su cómodo puerto, todos la saludamos con simpatía.

Adiós, linda Madeira! Aunque Fenelón no te hubiese escogido como lugar de descanso de Ulyses y Telémaco, te admiramos y te erigimos en reina del mar por los portentos de tu hermosura y tus halagos de sirena.

## XVI

### *Aquiles en su tienda*

Por la noche, antes de la media, y rumbo a Vigo, nos cogió el viento de banda, ya rocio y fresco. Cuando cruzamos frente a las columnas de Hércules, el barco iba haciendo una [...] bien marcada con cuatro movimientos de hamaca mal dirigida. El mar empezaba a embravecer.

El colupio siguió hasta Vigo, con acompañamiento de procelarias que no se hamacaban menos en el espacio y en las olas.

Los "violines" del comedor no se tenían firmes, y apesar de ellos saltaban los vasos y copas, cubiertos y platos como en danza macabra.

Jessie y Jori no aparecieron en la cena, a pretexto de que estaban rendidas por el paseo en Madeira.

Mi compatriota, la hija de *sajón*, casada con *sajón*, se había retirado temprano con sus cuatro pequeños a sus departamentos.

El interdicto proseguía con el jefe del buque, que tampoco aparecía en la mesa por evitar discretamente cualquier desazón.

La causa era insignificante. El buque se pintaba, y los pequeños en sus juegos, borraban en alguna parte al recostarse, la mano de obra. El capitán de genio un poco ligero, y demasiado imbuído de su disciplina alemana, protestó contra la conducta de los niños.

Entonces la señora madre, dijo:

—El buque no se pinta cuando se viaja. Mis hijos tienen el derecho de andar por donde pueden y deben, mientras no falten a nadie.

A esto argüía el capitán:

—El vapor se pinta antes de pasar la línea, porque después el frío y la nieve malograrían la refacción; y ésta se hace para que esté en términos así que llegue a Bremen, pues ha de realizarse a bordo una fiesta de navidad.

—Y qué me importa a mí que esté o no en términos para sus fiestas. Mis hijos han pagado su pasaje para viajar, y no para ser amonestados.

De ahí el conflicto. La uruguaya desplegó energía y se mantuvo firme.

El día que arribamos a Funchal estaba cerca de mi esta dama, cuando el agente de la empresa preguntó al capitán desde el bote en que venía, lo que necesitaba en víveres de refresco. El capitán contestó en el mismo idioma: esto es, en alemán.

—¿Sabe usted lo que ha dicho? —me preguntó mi compatriota.

—No.

—Pues ha respondido que ni agua precisa, cuando consta a todos a bordo, que se nos da agua del mar mal destilada, y salobre. ¿No es cierto?

—Un tantico. Pero hay que contemporizar, señora. En estas cosas...

—¡No! es que ese hombre abusa de nuestra paciencia.

Comprendí que se agravaba el entredicho; y me propuse desde ese momento de atenuar sus efectos, aún cuando el capitán continuase retirado en su tienda.

La señora compatriota a que aludo, era bastante instruida, y de nobles aficiones intelectuales.

Hacía pocos días me había manifestado deseos de leer la vida de Jesús por Ernesto Renán, que ella sorprendió una mañana en mis manos.

Aproveché esta circunstancia para facilitarle el libro así como la obra de Fedor Dostoyewski titulada *La casa de los muertos*, que le servirían de distracción.

## XVII

### *Tiberiades y el valle de Ghenna*

Seguían bailando los “violines” al pasar el día diez frente al faro del cabo Finisterre con lluvia y mar bravío. Salía yo de la peluquería, situada a un cuarto de cuadra de mis camarines, cuando

arreciaba la tormenta, sin darnos lugar a un desembarque oportuno, para aprovechar las cortas horas de estadía en el pueblo de Vigo.

Sin embargo, poco después se establecía una relativa calma, y quedaban serenas las aguas de la bahía.

Invité entonces a mi compatriota a bajar con sus niños en busca de un poco de pasatiempo, a lo que accedió complacida.

Eran varios los de la excursión.

Los alrededores de Vigo son terrenos montuosos. En uno como morro, existe una fortaleza vieja. La ciudad es bonita con algunas calles y edificios de estructura moderna, y muchos de arte antiguo con grandes vidrieras corredizas, patios y flores.

El carruaje en que íbamos, a causa de haber recommenzado una lluvia menuda, circuló por diversos sitios, y se engolfó en callecitas originales de pocos metros de largo y sumamente estrechas, asiento del pequeño comercio, y en las que pululaban buen número de criaturas y mujeres.

De aquellas casas caprichosas, patios y balcones de un estilo en desuso, parecía surgir entre los claveles un aroma medieval.

A pesar de la inclemencia del tiempo que a todo daba un tinte de tristeza, el aspecto de esos barrios me fue muy agradable por lo singular de la arquitectura, el envidriado profuso, la diversidad de tipo y el parloteo de la hermosa lengua española.

El tránsito por este extremo de la gloriosa e histórica nación que tanto amamos en el Plata, fue de breves instantes; pero la impresión duradera.

El detalle de la exigüidad de dimensiones en ciertos ríos, había de sorprenderme en mayor grado en Londres, fuera del centro, por su extensión y lugubridad.

Siquiera en Vigo se poetizaba la ruina y la pobreza con patios hermosos con macetas de lilas, cedrones y jazmines como una faz risueña de la vida entre las angustias mismas de los días sombríos. Las rondallas de por allí tienen el encanto del cuento y de la fábula, y no el horror de indecibles tragedias!

Nos reembarcamos de tarde, bajo temporal.

Un día después, la dama uruguaya me devolvió el libro de Renán, diciéndome que lamentaba no comprender con claridad algunos giros de la traducción, a causa de haberse consagrado desde muy niña con preferencia al inglés; pero al mismo tiempo, me señaló dos juicios del autor, que la habían preocupado.

Los releí en alta voz.

El primero decía:

“Sócrates y Moliere no hacen sino arañar la epidermis. Jesús introduce el hierro candente hasta la médula de los huesos.”

—¿Es eso exacto? me preguntó.

Guardé silencio.

Y pasé al segundo:

“Y él, que tan dueño de sí mismo y tan desembarazado se encontraba en las márgenes del risueño lago de Tiberiades, se sentía incómodo y como fuera de su centro junto a aquellos pedantes. Sus perpetuas afirmaciones de sí mismo llegaron a tener algo de fastidioso, y, a su pesar, tuvo que hacerse controversista, jurista, exégeta y teólogo.

Su conversación, tan llena de gracia ordinariamente, llega a ser un fuego graneado de disputas, una sucesión interminable de luchas eclesiásticas. Su armonioso genio se gasta en insípidas argumentaciones sobre la ley y los profetas, en las cuales deseáramos no verle algunas veces el papel de agresor.”

—¿Y esto? —volvió a interrogar ella, apenas terminó el releído.

—¿Esto? Para comprenderlo bien, sería preciso recordar todo lo pasado a orillas del Tiberiades y en el valle terrible de Ghenna: los hechos y la calidad de sus adversarios; y por fin, el espíritu y tendencias de la época.

—Sí, —observó con gran viveza; pero en el fondo resulta que él también perdió la paciencia ¿no es cierto?

—Si a tal conclusión vamos, señora, diré que en el texto de Renán, eso se afirma.

Interrumpió aquí nuestro diálogo un gran balanceo del buque y el embarque de una onda audaz junto a la cámara del timonel que nos obligó a separarnos.

## XVIII

### *Orzando entre columpios*

No había apuntado el alba del once, y ya las cóleras del Cantábrico habían producido sus efectos a bordo.

El *mal de mer* invade pronto, y hace estragos en los organismos débiles.

Pocos pasajeros permanecían en pie y con apetito, a la hora del desayuno. El gran barco se sacudía como una frágil canoa, sobre los lomos enarcados de la masa líquida, que batía sus bandas violentamente al abrirse por la proa, empujada por un recio nordeste.

Y así como el toro en la lidia baja el testuz y embiste al piquero, y retrocede enseguida que sintió la pujanza del brazo y el rigor del hierro, de análoga manera el barco acometía al viento y al oleaje de frente, sufriendo el choque, y vacilando luego en el avance, cual si en verdad hubiese experimentado la superioridad del enemigo.

A distancia, se divisó una barca que había arriado el paño de su mastelero mayor, y capeaba altiva el temporal.

Más tarde cruzó un vapor de carga, no dejando ver más que la chimenea en sus escondidas bajo las olas.

En tanto, las negretas de las costas ibéricas jugaban sobre cordilleras de espumas.

En esta ocasión, el buque hizo apenas doscientas cuatro millas en diez y ocho horas.

Por la noche siguió en aumento la borrasca. Pocos objetos quedaban en su quicio. Se entrechocaban los cristales, hacían carrera las sillas, caían las ropas, y las camas no permitían al paciente ni un minuto de reposo en perpetuo balanceo.

En medio de estos columpios, asomó la aurora y avanzó el nuevo día.

La jornada prometía ser peor, pues se había cambiado el viento al sudoeste, y el Cantábrico bramaba furibundo formando olas como cascadas.

El vapor se detiene. A más de montañas de agua en escalones, tiene nieblas densas por delante. La máquina trabaja en vano; el timón se alza sobre el nivel, y las hélices giran impotentes en el aire.

Algún tiempo se conservó estacionario, como si hubiera echado anclas en fondo firme.

La golondrina de mar inseparable compañera, sigue en sus giros admirables: y cual si quisiera dar a la nave ejemplo de serenidad e intrepidez, se abatía fina y ágil en la pequeña llanura que improvisaba la onda mugidora, y allí se estaba flotando hasta que otra cresta imponente llegaba al sitio y la compelia a una airosa curva en el espacio, para volver a posarse un poco adelante entre riegos de burbujas como ella voladoras.

A modo de serpientes que se revuelven y se enroscan entre silbidos se sucedían las oleadas, que el viento pulverizaba en lo alto, o convertía en verdosos remolinos de una velocidad pasmosa.

Cuando el buque reinició su marcha a un tercio de fuerza, por haber aclarado, la tempestad recrudeció con mayor violencia, y empezó a embarcar torrentes bullidores por la banda de estribor.

Estas aguas invasoras corrían a lo largo de la cubierta y tornaban al mar por conductos especiales y canaletas.

A nuestra derecha, para confirmar que el mal era llevadero, un vapor pugnaba por vencer obstáculos entre espantosos vaivenes; y un bergantín, también con rumbo opuesto, y corridas todas sus grandes velas, se había detenido entre el hervidero de espumas, recordando a un vigoroso domador firme y tieso en los lomos de un potro salvaje.

Nos hallábamos muy próximos al canal de la Mancha, o del paso Inglés, como le llaman algunos marinos jóvenes.

El cambio no tenía nada de halagador en esa zona traviesa; pues apenas nos deja la tempestad con que nos recibiera el golfo de Gascuña, para que nos tributase honores durante tres días, pasado Cherbourg, volvió a cogernos como quien dice de bolea, sin dejarnos de mano, ni aún en Southampton mismo, a cuya dársena no pudimos arribar por falta de práctico y la oscuridad de la noche.

Recuerdo que en medio de la borrasca, viéronse en el oriente dos rayos de sol muy pálidos y débiles a través de espesos vapores, en tal forma colocados que no difería de los que se presentan en ciertas estampas sobre la cabeza de Moisés con las tablas de la ley en la cima del Sinaí.

Un judío que venía abordo, así los contempló un momento, dijo: "en el canal nos aguarda el epílogo". Así fue.

## XIX

### *En tierra de prodigios*

En Southampton descendimos diez de los quince pasajeros de cámara; mi compatriota, que ya había establecido una entente cordial con el jefe del buque, que acudió a saludarnos, y nos hizo despedir con silbatos; sus cuatro niños, entre ellos Edward, el lindo

travieso; Jessie y su tía, que iban a pasar seis meses en esa bella ciudad, llena de encantos y de notables monumentos históricos, empezando por la capilla gótica en que contrajo nupcias Catalina de Aragón y terminando por la última de sus antiguas fortalezas.

Al despedirme de Jessie, hice votos por su dicha. Todos éramos aves de paso; acaso no dejáramos más rastro que ellas al surcar los aires; tal vez nos volviéramos a encontrar en otras regiones algún día, que pocos saben adonde les arrastra la fuerza de su destino.

Por el momento había terminado nuestra odisea en el mar con buena suerte; y tiempo vendría de entregarse de nuevo a sus azares...

El simpático cónsul general de Norte América, coronel don Alberto W. Swalm, tuvo la deferencia de recibirme en la dársena, y de constituirse en mi guía y mentor en el país isleño; y justo es que aquí le reitere mis más sentidos agradecimientos, así como a su distinguida esposa, por sus nobles bondades.

También el señor Herbert Guillaume, canciller del consulado uruguayo, quien se sirvió trasmitirme informaciones útiles.

Ya muy tarde, al otro día seguí con mis hijos viaje a Londres en un tren rápido.

Marchaba éste entre una doble serie de ciudades y pueblos y cuando se manifestaban claros, cesando las nutridas filas de edificios, y de humear millares de chimeneas, era para admirar bosques artificiales, trazos de correcto labradío, ingeniosos canales, interminables acequias, fábricas dispersas en las colinas como jalones de la industria que no ha dejado a la holganza ni un palmo de terreno.

Luego con las sombras, se hizo más imponente el pasaje por los túncles, el encuentro cada dos minutos con otros trenes que entran y salían de las agujas con la velocidad del rayo, la reaparición de ciudades y villas bajo el resplandor eléctrico, el cruzamiento de nuevas columnas de vagones con destellantes linternas multicolores, la irrupción a los puentes y la entrada a las curvas antes que hubiera concluido la sorpresa, y a medida que se disminuía la distancia, más compactos aparecían los centros urbanos, más fantásticas sus calles inundadas de focos, más densos los gases en la atmósfera, más ruidosos y colosales los talleres, todo como revuelto en un torbellino de relámpagos, truenos, brumas en el fondo oscuro de la noche.

Al fin, el tren se detuvo...

Estábamos en Londres.

Antes de entrar al emporio conviene anticipar que la población de muchas capitales se refundiría de un modo insensible en esta metrópolis, así como las legiones de cien ciudades cabían bajo el casco de oro de Minerva.

Para concluir con otra imagen de orden mitológico, exacto es agregar: que nadie ve nunca en Londres la cuadriga de Helios avanzando rápida por las regiones de la aurora.

Habíamos llegado al centro maravilloso de los días sin sol, de los crepúsculos tristes y de las noches sin luna y sin estrellas.

faltan folios 40 - 41 - 42.

...descanso, de riquezas incontables y de esplendores que deslumbran; con todo, ella nace sin esfuerzo apenas, se va a otros sitios,



se aleja del foco radioso, se engolfa en las vidas del plano semi-oscuro, se interna por grados en la maraña de callejas de la ciudad tenebrosa donde empiezan a esbozarse los tipos siniestros, y se hunde por fin en el dédalo de arrabales casi dantescos donde se vaga, se gime, se ruge por aceras sombrías, se estropea el idioma, se ultraja a la moral en la tiniebla, y corren riesgo la propiedad y la vida.

Cierto es que la acción policial alcanza hasta allí, que acompaña al viandante si éste la solicita, y que el orden no siempre se altera, aunque en semejantes lugares sean casi nulos los lazos de la disciplina y el temor mismo al castigo. En ese pandemonium de las bajas capas sociales se entraña el peligro, no fácilmente conjurable, si espíritus mal inspirados, instruidos y enérgicos agitaran con alguna violencia el ambiente corrompido. Hay tal grado de pobreza, trascienden tantas tribulaciones, trasudan tantas agonías, se incuban hora a hora tan crueles dolores, se desarrollan dramas íntimos de naturaleza tan salvaje, que extinguir estas ciénagas del vicio parece obra imposible.

Como lo afirman todos, causa impresión el aventurarse en esos laberintos circunvalados de casas altas, oscuras, silenciosas donde parecen refugiarse las almas en pena, oírse hermanados el reniego y el lamento, sino es la carcajada cínica con la disputa feroz. Lo repudiado y lo abyecto han hecho liga; se incrementa y cunde el vicio como un ácido deletéreo. White-chapel, por sí solo, cuenta medio millón de hombres. Se ven en este barrio apartado callejuelas extrañas, moradas tétricas, rostros taciturnos, que en rigor imponen, y mueven a pensar en los estragos de una reacción atávica en el día fatal de la decadencia.

Allí mismo, y en el barrio de los judíos, se alzan algunas construcciones de la opulencia, como un contraste obligado al exceso de miseria. Por lo frías y severas, recuerdan a los feudos con almenas y puentes, y a ellas no llega la protesta ni la ira del de abajo, que se estrella en sus muros al igual del ave errabunda cegada por la refracción solar en una pared blanca.

A cada uno de esos palacios aislados siguen interminables hileras de mansiones vetustas, asilos de las familias infortunadas en que se sufre la pena negra, y en cuyos escondrijos y tugurios pavorosos no se eleva la plegaria o el ruego, porque ha muerto toda conciencia moral y hasta la última esperanza.

Empero desde el tiempo en que Foucher lanzaba frases conminatorias sobre Londres, mucho han hecho sus altas clases en sentido del cambio, del confort y de las comodidades para obreros. Muchas son las instituciones de caridad; y los hospitales se sostienen y prosperan con los dineros de la aristocracia. Los hay hasta para los animales útiles, con profesores de nota. ¡Cómo sería ha veinticinco años la condición de los proletarios, si ahora los inhábiles asombran por su número!

Fuerza es detener el automóvil ante las fauces abiertas del barrio de San Gil, y regresar al centro.

Cae la noche. Todos miran, se agrupan y comentan, porque aquel vehículo se usa poco, es caro y se le mira con cierta prevención. Por esos lejanos parajes, llenos de caminos tortuosos, muy angostos,

mal soleados y escasa lumbre, el carruaje eléctrico es novedad de lujo.

Los cuadros conmovedores de la desgracia no necesitan muchas miradas; basta una, para el que sabe del sufrimiento humano.

¿Quién en ese caso, no se da cuenta exacta del horrible amargor diario de la infeliz ralea, que se arrastra al pie de los jardines colgantes de Babilonia?...

## XXI

### *Sol de media noche*

(Desglosado para "El País" de Bs. As. —folios 45 a 49)

## XXII

### *Coleos del Leviatán*

Pasan las dos, y es entonces cuando la avalancha aumenta de un modo extraordinario. Un enjambre de vehículos cubre en su totalidad el largo y la anchura de las vías, sin colisiones ni ludimientos. Fuerza eléctrica y tracción a sangre se disputan el avance y la hora; millares de hombres caminan, se detienen, corren, se aprietan, se deslizan sin grescas ni pendencias, como lo hice notar. El policeman, sin armas, está en todas partes, siempre firme en el tumulto, sin miedo al atropello, a las ruedas y a los cascos, acatado con sólo levantar la mano, a cuya señal se para o gradúa su marcha la fastástica caravana de carromatos, ómnibus, coches, milords, arañas, carrozas, automóviles, tilburys, bicicletas, brecks, jardineras y tranvías. Los establecimientos de grande giro lanzan fuera sus empleados por legiones, llevando cada uno comisión distinta; y por su parte las fábricas manufactureras no dan quietud a sus máquinas desc comunales, y arrojan al espacio increíbles torbellinos de humo negro.

En los puentes, van y vienen otras columnas de pueblo, de las que unas desembocan en impetuoso rauda y se derraman en las avenidas, y otras invaden las aceras, los centros fabriles, los escritorios de cambio, siendo digno de observar que las mujeres, los achacosos y los niños culebrean entre los peligros de esa imponente marejada sin perder un zapato, un bastón o una pluma del sombrero.

Al ruido de tal flujo y reflujo se une el ronco silbato de los barcos en el río, y el no menos atronador de cien locomotoras en las estaciones cercanas.

En la famosa city se incrementa y sube la oleada de personas en avances y contra desfiles sin concluir hasta la clausura de las puertas bancarias. A las tres de la tarde, todo se ilumina por completo como en el castillo encantado de la bella y la fiera, calles, palacios, teatros, circos, hoteles, avenidas, plazas, monumentos, paralelos interminables de edificios gigantescos.

La electricidad y el petróleo implantan al día; se sigue trabajando a favor de la lámpara y la bujía, como en el fondo de una

mina; las chimeneas continúan lanzando bocanadas espesas con chispas; el tráfico toma vuelo, se acrecienta, se condensa, lo mismo que un montón informe de equipajes y trenes de guerra a la entrada de un camino perdida la batalla.

Parece que los vehículos se empujan, se atropellan y van a destrozarse. Y el choque no se produce. El mayoral hace una seña; el cochero se desvía; el carrero se contornea; el automóvil cruza roncando; el ómnibus parece cimbrarse; el tranvía marca el paso; y hasta se da tiempo a que un entierro desfile tranquilo por las rendijas o claros.

Es que se encuentra el policeman en su sitio, en posición académica de esgrima, con su casco bien ceñido y tendida la diestra para evitar el menor contacto.

Ante estos espectáculos llenos de vigor, de pujanza y de radiación intensa; ante este movimiento insuperable de multitudes que elaboran y que lucran conscientes y viriles, comprende el observador atento cómo es que ya para ellos la voluntad es reina y el tiempo es oro, la paz pública un precepto inviolable, el ahorro una virtud, autoridad simple la del rey, y no majestad de tirano, templo la escuela práctica, religión el hogar, gloria la industria, todo con fe en el futuro y *Dios en el alma*.

El pueblo inglés es una sociabilidad de ingenio, de iniciativa y de labor; tres condiciones indispensables para mantenerse por arriba del nivel común, y seguir reclamando un buen grado de superioridad moral en la lucha por la existencia.

De este ejemplo deberían aprovechar otros pueblos sin celos ni precipitaciones, si aspiran a elevarse aunque sea en silencio sobre sus propios extravíos, para surgir alguna vez con aptitudes indiscutibles, y brillar en definitiva a expensas tan sólo de su esfuerzo y de su sudor.

Un detalle muy interesante, es justo consignar aquí, ya que economistas y publicistas de gran renombre han negado el hecho, o por lo menos, augurado mal del antagonismo de las dos fuerzas.

La grande y la pequeña industria, en vez de hostilizarse, marchan como buenas hermanas. La mayor mira sin desprecio a la menor. No son decenas, son centenas de miles de fábricas, talleres y obradores, las que cuenta Inglaterra, correspondiendo a Londres la más considerable porción; y no son centenas de miles, sino millones de obreros los que trabajan en ellas día y noche, acumulándose en la metrópoli la suma más alta, con el empleo del vapor, del gas, del petróleo y de la electricidad como medios motores. Hay también talleres en que sólo se usa la fuerza muscular, con un tesón y una energía asombrosos. En materia de hilados, el esfuerzo se multiplica al infinito, lo mismo en tejidos de lana y de algodón, que en los de seda, de encajes, de rasos, de medias, de lino, de cáñamo en enormes cantidades. Los obradores montan también a decenas de miles, y de su seno salen sólidos vagones y trenes, numerosos artefactos de hierro, cadenas, anclas, cables, barras, lingotes, composición de tintes e infinidad de objetos reclamados por el comercio y la industria del transporte dentro y fuera del país.

Todavía se estilan allí los ómnibus que desterramos de Montevideo hace muchos años, en las calles donde no hay tranvías, que son las centrales y las populosas.

En talleres pequeños, que son incontables, se fabrican el gas, las bujías y velas, las cerillas, muebles de todas clases, utensilios de hierro, productos alimenticios, sombreros, calzados, cuchillos, cerraduras, enseres de escritorio, baúles, valijas, armas de caza, anteojos, relojes, instrumentos de música, aparatos de óptica, vajillas de mesa, y otros muchos objetos que, a pesar de su aumento constante, nunca superan las exigencias de la demanda.

De todo ello resulta que, en este admirable país manufacturero y fabril, las grandes industrias se sienten cómodas y prósperas, y las pequeñas muy ufanas y desenvueltas sin miedo alguno a la sombra del manzanillo, o de la aruera, para emplear un uruguayismo oportuno.

Esta vida de Londres, que es un prodigio, sólo puede ser pareada por otro prodigio: el de New York, su rival incomparable en el renombre y la fortuna.

### XXIII

#### *La Torre*

Al penetrar en este célebre edificio, trasunto de "cita dolente" donde más que el crimen parece se castigaba el pecado: al internarse el visitante en sus recintos de cortos pasadizos, en sus escaleras de fantásticas curvas, en sus calabozos de techumbres bajas, propios a sofocar el vuelo del pensamiento: al contemplar los muros ennegrecidos por los siglos, llenos en ciertos lugares de extrañas inscripciones, reveladoras de hechos nefandos y románticos martirios: al sumirse en mazmorras parecidas a bretes de fieras, con sólo una abertura tallada en cruz en el granito para dar cabida a pobres átomos de mortecina claridad, todo rodeado de misterios y escondido en una sombra de sepulcro, vacila la planta, la vista se enturbia, el ánimo se encoge, y si a algo acierta, es a preguntarse qué cosas no denunciarían esos sitios siniestros, qué no hablarían las paredes dobles en que se escribió la última esperanza o se grabó el postrimer adiós, si pudieran repetir el eco de los gritos de dolor que en ellas se estrellaron: cuántas quejas hondas el suelo duro y frío si en él hubiese hecho mella el angustioso llanto: cuántos secretos los fosos y pasajes subterráneos, la puerta de los traidores, los puentes levadizos, los encierros de lo alto, húmedos, yertos, desolados; los descansos de la gradería dantesca donde solían prosternarse los condenados al marchar al cadalso, el paraje aquel señalado por cuatro postes y cadenillas de hierro, donde cayeron bajo el hacha cabezas de varones prominentes y de hermosas mujeres; y, por fin, aquella torrecilla llamada "sangrienta" en que fueran sacrificados los hijos de Eduardo en el silencio de una noche...

Algo semejante al espíritu satánico con que se nos pinta la musa de la tragedia antigua, flota en ésta que fue mansión forzada de nobles inocentes y de almas protervas; y al acumularse los recuerdos

históricos, rebullen en la mente y adquieren tinte y vida los dramas crueles; créese oír allá en el fondo de la capilla un perpetuo salmo a la muerte, renacer las escenas palpitantes de amor y odio, de inmensos cariños y agravios formidables, y verse brotar hilos de lágrimas y gotas de sangre muy roja de la muralla fatídica.

De lo profundo de aquella noche de piedra no surge ni un resplandor, sino que se alza un vaho asfixiante de memorias horribles con su cortejo de rencores y venganzas, de intrigas y de calumnias, de celos y de envidias, de suplicios sin proceso ni sentencia, de pasiones rebeladas en sublime paroxismo, de virtudes santas que trasudan con la protesta escrita en el muro despiadado, y de roncas voces de la conciencia pecadora que se retuerce en la soledad infinita de su duelo.

La Torre Beauchamp se destaca fría, de una lugubridad indecible, frente al patio de las ejecuciones.

Penetré en ella, con mis acompañantes.

Un guardián de casaca roja y bonete redondo de piel de mono, bajo y cuadrado de espaldas, ojos saltones y patillas de tigre de Bengala, nos salió al encuentro para enseñarnos las inscripciones diversas hechas en el muro por personajes célebres que allí moraron durante lustros o de allí salieron para el último suplicio.

Esas inscripciones se conservan íntegras algunas, y otras borradas en parte, aunque practicadas a punzón: y para todas por ser casi indecifrables a simple vista, se necesita el uso del lente.

Las hay con adornos y escudos, amontonadas, como archipié-lago, sin duda para aprovechar el corto espacio de los parástades, utilizable a la escritura por la tersura del revoque.

Están en latín, según la costumbre de la época.

El aspecto impone: los detalles estremecen: el conjunto árido y severo invita al recogimiento.

Todo dice en su silencio espantoso: debí ser una obra sin nombre.

## XXIV

### *Eduardo y Ricardo*

Empieza el paseo dantesco...

Aquí, en esta estancia lóbrega, un hombre de gran valor sollozó años enteros; en aquella otra de rudo enverjado, una bella impenitente besó con su bermeja boca el granito, creyéndolo menos duro que el corazón de su dueño implacable; allá, bajo esa bóveda cenicienta, levantó su plegaria Ana Boleyn, calificada de infiel y de incestuosa por Enrique el octavo, Barba-azul de levadura real...

Por este descenso de escalones increíbles, empinados y torcidos, cubiertos de grietas y desgastes, que más semejan tramos de una gruta, formados por lobos marinos, bajó la infeliz hermosa al pequeño corredor sombrío que conducía al puente y al patio fatal, donde la aguardaban el sayón, el tajo y el ataud...

El mismo sendero de congojas y tinieblas siguió Catalina Howard, quinta esposa desdichada, envuelta por el suspicaz monarca en una trama de celos...

También Juana Gray, aquella deliciosa criatura intelectual que leía en griego a Platón, que atraía con sus formas de escultura, que fue reina sin quererlo, para morir con dignidad y firmeza por orden de María Tudor...

Allá, en el ángulo de la derecha, en el torreón escueto cuyos cimientos lame el Támesis, fueron encerrados los inocentes Eduardo y Ricardo, hijos de Eduardo el cuarto, rey el primero bajo la tutela de su tío el príncipe de Gloucester.

La impresión que produce ese recinto es intensa y profunda.

He visto reproducidos en cera los personajes de la tragedia, de un modo fidedigno a juicio de críticos inteligentes.

Según esta reconstrucción del crimen, los dos niños rosados y blondos, de once y nueve años de edad, duermen dulcemente en el mismo lecho, colocado contra la pared del fondo de la torre "Sangrienta".

Ese lecho, de cortas dimensiones, tiene una ligera colgadura arrollada a las bandas en las extremidades de la cabecera.

Pareciera que estos seres candorosos, ya dominados por el trato de sus verdugos, se hubiesen rendido entre zozobras al sueño, porque, vueltos al mismo lado, Ricardo, el más pequeño, ha pasado su bracito por el torso de su hermano, ciñéndolo con fuerza cual si presintiendo el peligro buscara auxilio en quien era su señor y rey.

La cámara hace resaltar más su negrura a la débil luz de una lámparilla de aceite, que se refleja tenue y funeral en las cabecitas rubias.

Los sayones de Tirrel, agentes de Gloucester, observan atentos si en verdad los niños reposan.

Uno de estos verdugos tiene apoyadas sus dos manos en el colchón, y su cara casi encima de la de Eduardo, como ya listo a tender la garra. Se ve un paje inmóvil, con los brazos cruzados, allá en el fondo.

En los rostros de estos hombres, demudados y lívidos, se lee con la resolución del delito, una expresión rara de lástima y de dolor.

Pero, la orden se había dado, y los vasallos tenían que obedecer.

Con las mismas almohadas en que descansaban los menores indefensos, la obra era rápida y no dejaba rastro de la fiera.

Un poco de presión brutal, y todo quedaba consumado...

Casimiro Delavigne ha sabido idealizar en su drama imitativo del de Ricardo III de Shakespeare, este episodio conmovedor.

Acaso Ricardo de Gloucester, como tío, se consideró más habilitado para el doble crimen que el padre de los dos inocentes, cuando éste mandó matar a su hermano Clarence en los últimos días lúbricos de su reinado.

De reyes así impulsivos, la serie es larga; forma dinastías!

## XXV

### *La sala blanca. María Estuardo*

En el centro del secular monumento erigido para penarlo todo, menos la injusticia humana, se espacia una especie de rotonda, que

es el coronamiento de la torre Blanca, cuyas paredes de grande espesor y claraboyas caprichosas por no decir troneras, denuncian a pesar de la mano de obra posterior que también tuvo sus puntos de analogía con la torre del hambre en que se mordió las manos Ugolino y vio fallecer uno a uno sus cuatro donceles para que él comiese de su carne.

Con todo, mucho atenúa allí un notable museo de armas antiguas el horror de los recuerdos.

De blanca no tiene la torre nada, salvo esas armas; sin duda de ahí proviene su nombre.

Por lo menos, aparejadas con las épocas que ellas simbolizar, sugestionan por distintos conceptos; aunque pasada la impresión, el recinto mismo obligue a pensar en las escenas pavorosas desenvueltas durante centurias en medio de tanta grandeza.

Hay allí abismos para la memoria, como misterios en un mar de fondo.

En contraste con las sombras del delito, lucen los aceros heroicos.

Lo legendario en el amor y el odio, se entremezcla y confunde con lo legendario de la gloria, a modo de intrincados gavilanes en el puño de una espada triunfadora.

Bajo las arcadas negras, destellan claridades las prendas del valor y de la guerra; aun aquellas que empuñaron los monarcas homicidas, sin excluir las del paje, el juglar y el escudero.

La costumbre caballerisca encerrada en la torre, inmóvil dentro de sus armaduras y tiesa en sus corceles vestidos de hierro, no es estafermo para el comerciante, el industrial, el cambista y el obrero que la miran y contemplan con asombro y respeto, por ese espíritu conservador a que me he referido al hablar de Londres y de los caracteres de la raza.

Es un deber casi religioso, guardar en cofre o bajo lápida el puñado de polvo a que ha quedado reducido el cuerpo de un prócer o de una adúltera, de un mártir o de un reo no vulgar. Con mayor motivo, los objetos valiosos o sencillos que en paz y en guerra usaron otras generaciones de más talla física, más ardorosas e impulsivas, con otras propensiones y muy diferentes ideales.

El culto de los muertos se extiende a todos los símbolos materiales de sus épocas respectivas, y los museos tienen por fin la enseñanza y el ejemplo por los ojos con sus muestrarios solemnes organizados por reglamentos irreprochables y vigilados por guardias severos.

Lo grande, lo mediocre, lo pequeño, lo diminuto tiene su representación y su composición de lugar, desde el rey guerrero hasta el barón modesto; desde los gigantes lanzones de torneo hasta la panoplia de estiletes y puñales; desde la coraza y el escudo feudal, hasta los hierros oscuros del suplicio.

Do quiera brillan puntas y broqueles, espuelas y acicates, cascos y viseras, porque el ciudadano es extremo en estas vetustas reliquias.

Más que amar la forma, que suele ser tosca, se venera el objeto.

Las cosas de la edad media se destacan por su originalidad, su peso, sus cinceladuras, sus brocados, sus rendajes, y estribos, como

una resurrección de artes vulcánicas que no han de volver porque la fragua se apagó y los moldes se perdieron.

Descuellan armaduras defensivas de un temple poderoso y de una mano de obra inimitable, como las de Enrique VIII, Carlos I, Jacobo II; o estimulan a crecer en el "hechizo del músculo" lanzas y espadas, sables y picos; corseletes y morriones, adargas y dagas de triple filo; rodajas de hierro y borceguíes de acero; guantones de escamas y manoplas de mallas; mazas aplomadoras y clavos de diez agujas; arcabuces de chimenea y pistolas de extraños gatillos; cacharros de boca estriada y cuchillas de doble curva; cañones y obuses de proyectil de piedra; hachas cortas y tajantes yataganes; pesadas alabardas y gumias de canal; enormes chuzas y rejones de sierra, garfios de tres garras y espadones de gran taza o anillos en roca; cotas de metal fino perforadas por balas y escudos cóncavos reforzados de punzas; rodilleras de plata y pretales de bronce; cabecetes fornidos y corazas de una pieza; admirables juegos de espadines y de estoques, de birretes y colleras, de talabartes y cinturones; mosquetes de sustentar con horquilla antes de aplicar la mecha, y en medio, formando barrera alrededor de jinetes y lidiadores ilustres, una baranda de machetes de celebrados veteranos con mango de bronce en cruz.

A los costados, más armeras y perchas cargadas de hojas primorosas por su calidad y estructura: fusiles de cazoleta y pistolones de chispa; alfanjes damasquinos y bayonetas de un siglo; hacia la izquierda de la gradería de entrada, nuevos trofeos artísticos con incontables ofensivas, de tal bruñido y limpidez, que destellan a la luz eléctrica como soles de acero.

Este cúmulo de antigüedades históricas, hacia contraste con lo que yo había visto en otros museos notables de la gran metrópoli: los que sin dejar de poseer su caudal precioso de armaduras, incluyendo hasta el sable de vaina dorada que en Marengo llevó Bonaparte, exhiben infinidad de objetos de diversos órdenes en correcta distribución y armonía.

## XXVI

### *Un aparte. María Stuard.*

En uno de ellos, el de la señora Thusaud, los instrumentos de suplicio se muestran junto a las propias víctimas modeladas en cera: si ya no es que a ellas están ligados de una manera que suscita la ilusión de la realidad. Horcas y garrotes viles, guillotinas y tajos, hachas y postes, esposas y grilletes, argollas y banquetas, cepos y collarines, tenazas y martillos, parrillas y camas de hierro, pinzas y dogales, silla eléctrica, y variados armazones de patíbulo, aparecen en muchas partes ajustados a su aplicación práctica en los tiempos en que se emplearon o se estilan, con los reos de tamaño natural colocados convenientemente en el acto de recibir el golpe.

En estas salas que llaman de "horror" alumbradas con focos eléctricos, los cuadros de emoción se suceden a cada paso.



Interesa y conmueve el de la ejecución de María Estuardo en el castillo de Fotheringay; la célebre reina que enviudó a los dieciocho años y estuvo diecinueve cautiva de su rival hasta la hora de la muerte.

La presentan de rodillas, muy bella y elegante, esbelta, todavía en flor de juventud, con los ojos vendados y las pequeñas manos tendidas hacia el tajo, trémulas, casi crispadas por el terror.

Su talla, su porte, sus brazos, su seno, sus labios encendidos y entreabiertos por el sollozo final, atraen y suspenden.

Delante del poste fúnebre se ve un montón de hojarascas para absorber la sangre. A su izquierda se halla el verdugo de pie, con su instrumento cogido a dos manos.

Este personaje está enmascarado, lleva antifaz hasta la boca, y parece gozarse de antemano del deleite feroz que ha de proporcionarle aquella trágica hora.

La crónica del tiempo informa que la desventurada reina de Escocia no sucumbió al primer golpe, y que fue necesario un segundo muy recio para separar del tronco gentil su cabeza encantadora. Dicen que hubo saña, y se ha tejido una leyenda lúgubre en redor de este misterioso sayón.

El noble Tomás Howard había intentado salvarla, acaso atraído por una fuerza pasional irresistible: y poco después, pagaba con la vida su denuedo.

Antes, habían caído por ella y con ella, las cabezas de Tockmorton de Parry, de Babington y de Parsons.

Sin duda era la viuda de Francisco II una María llena de gracia, desde que personalidades tan distinguidas daban por ella hasta la última gota de la sangre. Esto honra a la nobleza inglesa.

Tal vez fue gran delito de aquella princesa el haber nacido hermosa, en ejercer prestigio fascinante con sus personales encantos, en prestarse por su misma contextura física y moral al alto poema, y en poseer el don de cautivar los más probados caracteres sin esfuerzo y sin violencia, así como lo hacen la flor y el ave con su aroma y con su canto al nacer de la aurora o en el silencio de la noche.

Como los grandes caracteres, que son siempre muy escasos, sólo pueden ser atraídos y dominados por mujeres superiores, que son muy contadas también, la historia explica por qué Isabel, de educación clásica, sin haberse encausado nunca seriamente en un proceso de amor, sintió celos y premeditó desagravios.

## XXVII

### *El secreto del drama*

El romance dramático tiene sus causas claras y precisas; y aunque sale de lo común, no carece de símiles emocionantes.

Se asegura por historiadores diversos, que la nota se extremó aquí por envidia, antes que por celos; pues Isabel que decretó la muerte, no quiso casarse nunca, y hasta hubo de ser consagrada por sus coetáneos como *casta* y *pura* a la finalidad de su reinado.

¿Quién era Isabel? Una hija de Enrique el octavo y de Ana Boleyn. Había heredado de su terrible genitor el carácter voluntarioso y dominante. La tradición triste de su madre muerta en el cadalso por mandato de su propio consorte, la hicieron desde niña prudente y reservada, melancólica y reflexiva.

El enlace de Enrique con Juana Seymour le atrajo la desgracia de ser declarada "ilegítima", pues que ella descendía de mujer fulminada por adulterio e incesto.

Las veleidades de su padre, al contraer nuevo matrimonio con Catalina Parr (siempre el nombre de *Ana* comprendido en estos nombres), anuló el acta anterior.

Pasado el tiempo, y en tanto fue monarca su hermano Eduardo VI, se consagró por entero a la vida intelectual. Apenas salió de la edad de niña, fueron para ella familiares la música y el canto; hablaba con corrección un idioma muerto, el latín, y entendía otro, el griego, al punto de enamorarse de la vieja Hélide.

Cuando fue reina, y gran reina por su talento, su cultura y su habilidad política, entre otros hombres de altos méritos la asesoró Bacon: dominó y venció a enemigos poderosos; supo atraerse el amor de su pueblo por luengos años; y bajo su cetro brillaron con luz incomparable Spencer y Shakespeare.

Esta mujer de tan elevada talla, por no desmentir a muchas de su sexo, gustaba mucho de la coquetería, a juicio de sesudos analistas.

Quería imperar en todo, hasta en el cariño y la admiración de los varones que sobresalían por sus virtudes y el lustre del apellido.

¿Amó a alguno de los muy eximios que la rodearon? No se sabe.

Pero, en cambio, María Estuardo tenía siempre en torno un cortejo selecto de caballeros, hipnotizados por su hermosura y el hechizo de sus halagos.

Era esta una gran piedra en el camino de su hegemonía.

Esa dama privilegiada, que tenía de hada y de ángel para reunir a su lado notables personas y rendirlas con una mirada o una sonrisa, estaba demás en la misma escena, y fuerza era hacerla desaparecer. Isabel ansiaba ser sola, y lo fue. Para ello, introdujo en Escocia la discordia explotando las preocupaciones religiosas. El plan obtuvo éxito. María tuvo que venir a ella a suplicarle amparo, y muy clemente Isabel se lo concedió, para encarcelarla luego con sus amigos leales, y condenarla más tarde a la última pena.

Este cuadro final del romance, fue también para ella una amargura.

Cierta crónica afirma que el hombre que hizo de sayón, y de sayón torpe, no ejerció tal oficio ni se puso antifaz para cumplir la ley o la orden, sino para satisfacer un instinto de venganza personal.

Hasta en eso, a partir del dato sufrió un quebranto la coquetería de la ilustre reina: no fue por sumisión a ella, mas sí por agravio o desdén, que alguien se prestaba a servir de verdugo con una máscara, para su sentencia implacable.

María había nacido para el amor, y no para el gobierno.

Isabel soñó acaso con el amor intenso en su mocedad huraña, y casi romántica; pero aquella rival feliz, aun escondida en su tierra de

montañas donde sólo resonaba el eco de la cornamusa, le distrajo los seres superiores que ella hubiera deseado ver a sus pies, humildes y sumisos.

Cuando María murió; cuando ya la estrella se había extinguido; cuando por quererla con frenesí habían caído bajo el hacha indomables caballeros, Isabel sintió una reacción, y hasta llegó a censurar a sus hombres de estado como *culpables de exceso de celo*.

Tal vez reconoció haber incurrido en un error o en un pecado en el fondo de su espíritu, y declinó responsabilidades sobre sus vasallos.

En el santuario de su conciencia pudo oír la voz tierna y suplicante de la reina de los torneos, de la trova y del idilio que le decía que no era suya la culpa de haber nacido para merecer la adoración de muchos; y quizás por esto, ya anonadado para siempre aquel tipo sugestivo de la pasión, la gran reina se recogió en sí misma, sintió el torcedor del remordimiento, se consideró pequeña ante tanto infortunio, y retorció con increíble energía en su corazón todo anhelo de dicha egoísta, condenándose a no amar a ningún hombre, ni a “quemar aromas en los altares de la poesía de la vida”.

La imagen de María debió estar de continuo en su memoria; porque se volvió adusta y fría, pudorosa, inaccesible, aun en los años ardientes en que se sueña y se exalta el sentimiento hasta el delirio.

Aquellos triunfos de la pasión en grado sublime, aquellas dulces venturas de la juventud entusiasta y ambiciosa, que constituyen la plenitud del ensueño humano, no eran para ella, hija de pecadora—según la sentencia de su fiero genitor—; y a todo renunció para ser sólo reina y señora de sus súbditos, árbitra exclusiva de los grandes destinos de Inglaterra.

## XXVIII

### *Juana Grey*

Uno de los símiles a que me refería, está en los anales de la Torre, a que vuelvo, y ya lo mencioné de paso al citar el sitio de ejecuciones.

El nombre de Juana Grey, se destaca con un suave fulgor entre las densas tinieblas de estos procesos sin parecido.

Reina ella, como la anterior, fue víctima de otra reina de la misma dinastía que terminó con Isabel.

María Tudor se amaba también demasiado a sí misma, para tolerar rivales de alcurnia y fuste.

La inteligente e ilustrada Juana, que leía filosofía espiritualista en textos griegos y que adoraba en Platón la concepción del alma, se encontraba en ese rango.

Recluida en la torre con su esposo, al principio se les perdonó a los dos la vida. La causa era muy nimia: una intriga.

Pero, un alzamiento en armas de amigos imprudentes, operado más tarde, precipitó a María Tudor a resoluciones irrevocables, y mandó decapitar a los presos.

En el fúnebre patio fue el drama.

Al contrario de María Estuardo, a quien dominó la angustia en el minuto fatal, Juana Grey se mostró altiva y enérgica, dirigiendo palabras dignas a las mujeres que cerca de ella lloraban.

Se le puso la venda; escuchó las frases de aliento del obispo; se hincó en el almohadón colocado frente al poste; extendió las manos para tantearlo... A su izquierda, estaba quieto el verdugo, con la siniestra firme en la extremidad del mango del hacha, que pareciera ocultar compasivo.

A juzgar por el cuadro de Paul de la Roche que me sirve de guía, y que en opinión de los más competentes es de una fidelidad perfecta, este ejecutor resulta un mozo alto y fornido, vestido de gala, de rostro bien modelado y barba nazarena. Llama la atención su mirada baja, humilde, hondamente triste, a la espera que la noble cabeza se pose en el tajo. A su lado vése el féretro forrado en negro.

A una mujer de tan alto intelecto, no se le permitió estar junto a su marido, con quien hubiera confundido sus tribulaciones y consolándose como la desterrada de César "de su dolor presente con el recuerdo de la felicidad pasada".

Tampoco ella lo llamó para despedirse, sin duda temiendo flaqueara su ánimo con el adiós en la hora de agonía.

Se acordó que había sido reina, y puso el cuello...

Cuando esto pasaba a Juana en la torre Verde, allá en un ámbito de la torre Hill ya había rodado la cabeza de su esposo Guilford de un solo hachazo certero.

## XXIX

### *Puerta de los traidores*

*(A traitor gate)*

Por aquel pasadizo oscuro, en cuya arcada tétrica pudiera escribirse el verso implacable *lasciate omni speranza...* entró y salió Tomás More, insigne hombre de estado, relevante escritor y miembro del foro.

Allí lo condujo, como a tantos otros, el crimen de lesa majestad: o sea un supuesto delito de alta traición.

¿En qué consistía? En no haber querido reconocer la supremacía espiritual de Enrique el octavo.

Verdad es que antes, se había rehusado a emitir juicio sobre uno de tantos divorcios del rey.

A la nobilísima pertinacia de este varón austero en resistir a la pretendida infalibilidad del rey, se aunó aquel antecedente de altivez, y decidió su fin.

Era amigo de Erasmo, el pensador y filósofo.

En la celda que le sirvió de albergue, y que tan admirablemente ha reproducido Herbert en su lienzo, premio reservado por la ingratitud a sus irremplazables servicios y virtudes, le acompañó algún tiempo su hija Margarita, alma llena de bondad y de unción, capaz

de alivio y de consuelo. Es tan difícil consolar a los espíritus iluminados!... Aunque él la adoraba, como todo hombre de fortaleza a sus criaturas, no necesitaba de alientos. Tenía la conciencia de su grandeza moral: y así es que dijo, al conocer la orden del monarca: "*deseo que se me den por el verdugo cinco hachazos, uno por cada herida de Cristo*".

Frente a esa puerta que mira al río, de enverjado de hierro con lancetas, baja, enarcada y maciza, ya no hay puente.

Tras de ella, han sido cegados los fosos y destruidas las escalinatas que conducían a los subterráneos.

Al que penetraba por allí, como Tomás More, cuando éstos existían, había que improvisarle pasaje con tablones, hasta llegar a los tramos de una escalera de piedra guardada por alabarderos, y que era como la gradería de los martirios en celdas sin oxígeno y sin luz.

Por allí entraron, como otros muchos, en nombre del *quia non minor leo*, el arzobispo Craumer y lord Strafford.

Este último hizo el tránsito para morir desde la torre "Sangrienta".

No hay más que contemplar el lienzo de *Goodall Craumer at traitor gate*, para darse una idea completa de la vieja prisión en esa parte y del horror que debía inspirar al recién venido con sus bóvedas de ala de cuervo en el color, sus muros ciclópeos, sus ventanillas avaras, sus abismos al flanco y sus misterios al frente.

Apenas se andaban cuatro escalones, la claridad se perdía, como azorada de tanta negrura.

De qué gusto sería el agua que el cielo no niega al ave vagabunda y de qué color el pan miserable que se repartía a los reos; de qué timbre la voz de los guardianes y de qué grado el rigor de la consigna; de qué jergón el duro lecho y de qué blandura la pobre almohada; a qué extremo llegaba el sufrimiento y cuántos quilates medía la esperanza, sólo podrían revelarlo las propias piedras que fueron testigos de tantos poemas ignorados, de tantos sollozos desgarradores, de tanta inocencia y de tanta culpa ahogados brutalmente en el silencio.

En cada pasillo lóbrego se cree ver un espectro: en cada curva de escalera un sayón taciturno; y parece oírse en cada bajada una voz triste que implora, y en cada revuelta una queja que se extingue.

Sólo falta allí el murciélago, porque el cuervo se cría.

He visto dos que se mantenían sosegados y se rascaban a la recíproca, junto a la puerta por donde salió Ana Boleyn para darse al verdugo.

Pasé muy cerca de ellos, y no se inquietaron.

Tal vez fueran quintos nietos de otros que miraron impasibles el degüello de Catalina Howard.

Preguntado un guardián por qué estaban esas aves allí, contestó *que eran de la casa*.

A un lado de la ventana estrecha por entre cuyos barrotes sacó sus manos el arzobispo Land para bendecir a Strafford, que puso una rodilla en el descanso de la escalera, cuando marchaba al patíbulo, hay calabozos de aspecto tan lóbrego que causan aprensión

y angustia. Por delante de ellos pasó Wentworth al salir de la torre "Sangrienta", víctima de un "billmenguado" del rey a quien había servido fielmente, para concluir su vida con singular entereza.

El mismo Land que le dio en el tránsito su absolución, siguió tiempo después igual destino, pisando uno a uno los tramos que hollaron la planta de Strafford.

Carlos I, que consintió y firmó la muerte de este último, que era su leal amigo, entregó bien pronto su cabeza al tajo.

También se le calificó de traidor.

Ante el juicio sereno de la historia, no lo fue ninguno de los que pasaron los umbrales de la famosa puerta.

Entonces como ahora, se consideraba muchas veces como traidor a todo hombre que se ponía en pugna con los intereses menguados y personales en salvaguardia de los principios, y practicaba actos de conciencia, con la diferencia de que al presente no existe sino en el nombre el delito de majestad y no se condena por tribunales en comisión, lo que deja indemne la integridad de la personalidad moral contra la imposición absolutista de uno solo o de muchos reunidos, pues que la índole del despotismo no cambia, ya provenga de un tirano, ya de una oligarquía o de una turba desbordada.

### XXX

#### *Las memorias históricas y el pensar moderno*

La tradición de la Torre, casi en todos los casos trágicos, hace desfilar víctimas y victimarios, hombres y mujeres, en fúnebre cortejo.

Unos en pos de los otros, van perdiendo la existencia por motivos idénticos y de la misma manera, realizándose con demasía la fórmula bíblica de que, quien a hierro mata a hierro muere.

Escaparon a esa sanción algunos de los grandes culpables.

Del examen prolijo del conjunto y de los detalles, resulta esta conclusión lógica: los ingleses proceden con envidiable cultura y tino al conservar este y otros monumentos de épocas singulares, porque ellos moralizan y edifican hombres y muchedumbres, con el espectáculo permanente de las puras acciones y de las iniquidades pasadas.

Mientras que en el interior de la torre todo se exhibe quieto, todo duerme el sueño de piedra de los siglos, todo expresa en su mismo ambiente de tumba que aquello es lejano e incompleto reflejo de generaciones ya disueltas y confundidas con el polvo que se huella, en el exterior se agita y truena una vida formidable, trabajan millares de fábricas al empuje de una mecánica colosal, se derriba lo inútil y se reconstruye ganando al espacio lo que el suelo niega, se despliega una actividad digna de las fraguas de Vulcano, se piensa, se combina y se ejecuta sin pérdida de tiempo, y se ansía ensanchar el porvenir británico con el tamaño de un mundo...

Sobre esas agitaciones y ruidos que no cesan, la Torre siempre está allí, alta, muda, siniestra en el ribazo, como una imagen descarnada y yerta de lo que fue.

Fuera de ella, la colmena repleta de miel y de enjambre, los fragores de usinas y talleres que arrojan cosas útiles a miríadas, como las imprentas a millones las hojas volantes; dentro, los fantasmas vestidos de hierro, los recuerdos épicos, las románticas leyendas escritas con sangre, la calma del sepulcro!

Pero, el pueblo que por allí a toda hora pasa y ronda, mira con veneración la reliquia: no precisamente por el respeto que debe a sus héroes, a sus sabios, a sus mártires y ¿por qué no decirlo? a sus mismos grandes déspotas, sino antes bien por el culto que debe a su historia nacional, tomando a la humanidad *como ha sido y como es*.

El león alado, con la garra poderosa puesta sobre unas como tablas de la ley, que yo contemplé en un hueco de la torre Blanca, mirando fiero a los reyes y hombres de bronce, queda allí como símbolo de fuerza y libertad; pero todas sus fabulosas energías se han desparramado fuera entre las masas del pueblo para servir al trabajo, a la civilización y al progreso.

[Faltan los originales del folio 68 al 81 inclusive.]

...abandonar la abadía.

Me privó esto, entre otras cosas, verificar si los restos de Byron se encontraban allí.

Creo que lo estén, donde se hallan los de otros que no lo superaron ni igualaron siquiera en inspiración y genio.

Este poeta infortunado, que vivió pobre hasta que su abuelo murió, y que después, lord y opulento, abandonó sin causa a su esposa, siendo por ello execrado y acerbamente maldecido, sin darle lugar al arrepentimiento y al perdón, era de índole melancólica y propensa a la extravagancia.

Produjo mucho su admirable numen; pero fueron notas sobreagudas Childe-Harold y Don Juan —su obra maestra.

Acosado por las emulaciones y los odios, fue duro, mordaz e inexorable. A la amargura de los antagonismos crueles y del desconocimiento de sus méritos, agregaba él la de una casi cojera de nacimiento que le mortificó en su breve vida hasta hacerle adusto, escéptico y agresivo.

Aspiró en sus primeros años aire de libertad sin freno en las montañas de Escocia como un águila vagabunda; y después, en otros países, pidió a la nostalgia el estro que le negaba su patria.

Se distingue de todos por lo irónico, personal e hiriente; es apasionado y sugestivo; reniega de la fe y hasta preconiza el mal, tiene algo de arcángel rebelde y de dragón; vuela en la luz, y aparece sombrío!

En las aulas, todavía adolescente, sostuvo teorías extrañas, y dio la más alta nota de la indisciplina y del desorden.

Sus amores precoces tuvieron resonancia y le prepararon una atmósfera de recelos y prevenciones, que debía aumentar en densidad con las rivalidades, una vez que demostró talento.

Se lo negaron.

No podía poseer ese don superior, según sus coetáneos, un sujeto que ellos habían conocido pobre cuando niño, mal vestido y peor peinado, con costumbres licenciosas, osado y atrevido, especie de vago de los desfiladeros de Escocia, sólo digno de soplar la cornamusa, nunca la trompa épica.

Además era casi cojo. ¿Cómo había de tener talento un mozo renco? Ni suponerlo siquiera. No faltaba más!

La tempestad de las envidias y de los rencores fue terrible, apenas él dio una base cualquiera para el ataque y la mordedura.

Según aquel criterio, una mujer que pretendía brillar en los salones de la época por sus dotes físicas sobresalientes perdía en vano su tiempo, pues cuando niña había tenido lagañas, de balde era que ostentase dos ojos maravillosos.

Y a eso, que argüía algún émulo del genio, le contestaba otro, apoyándolo con todas sus fuerzas: "ni que hablar: no puede ser bella, desde que la habéis conocido lagañosa cuando era muchacha!"

Sobre estas cosas, propias de lo que, en el realismo contemporáneo se ha llamado la "bestia humana" bordó con mucha gracia su "verruga" tiempo después el malogrado Mariano de Larra.

El error de Gordon, fue darles importancia excesiva, y escribir su famosa sátira sobre los bardos ingleses, que fue su principio de perdición.

—Por lo menos, ya que le negáis el talento, reconoced que el joven tiene virtudes —observaban algunos que no lo conocían, pero sobre quienes por irradiación obraba de un modo mágico el genio de Byron.

—¿Virtudes? —replicaban sus rivales—. Ni por herencia. Su padre fue un libertino que disipó su haber, sin dejarle ni para el calzado. El chico tenía que ser a la fuerza un pilluelo, desde que iba a la escuela con los botines rotos, y comía de vianda mísera y fría tan sólo una vez...

Y ante esta grito despiadada, que no acalló ni el adiós a su esposa ofendida, se alzaban allá en lo oscuro algunas voces humildes y tristes, ecos tal vez del sentimiento de justicia refugiado como un mendigo en los antros mismos del dolor, para decir:

—En nombre del señor crucificado, que nunca recibió coturnos de su padre: recordad que cada uno es hijo de sus obras.

—¡Falso! —respondía en masa la hueste enemiga. Este es un hijo del pecado.

Y el poeta, descendiente de reyes por una y otra rama, aún poseedor de alto diploma y de la cuantiosa fortuna de su abuelo el almirante, en plena juventud y repleto de bríos, fue por siempre infeliz.

Al alejarse de Inglaterra, no llevó consigo ni una ilusión diáfana y pura. *For ever and ever*.

Compréndense así aquellos versos de hondo desencanto, que dicen traducidos en prosa amarga:

"Todo acabó!... Pero dejad siquiera a un desgraciado el consuelo de amar".

Había nacido con privilegios. En su hermosa cabeza de nobles contornos, intensamente animada con dos ojos de fuego, acumularon



increíble fuerza de inspiración las agrestes soledades en que creció su infancia, el libre ambiente de las montañas, las playas y las rocas de los mares procelosos.

Al defenderse con ímpetu juvenil, propio de campeón de una olimpiada, fue cruel en la burla y el sarcasmo. Hirió en la carne y en el alma a los que nunca perdonan, a las medianías.

De ahí su voluntario destierro perpetuo.

A Jorge Natividad Gordon, más conocido por Lord Byron, le faltó variedad en el estilo; que a haberlo tenido, hubiese sido por su talento apóstol, tribuno y redentor para masas populares que necesitan conjugar el “verbo”, conforme a sus anhelos y paralelamente a sus instintos.

Las energías de Byron no se manifestaron en su propia tierra, porque en ella la envidia pudo más que sus méritos, antes que sus culpas reales; y se diluyeron en el extranjero, hasta morir a los treinta y seis años de una fiebre, en Missolhongy, defendiendo la libertad de Grecia.

“El espíritu mordaz es a todos los países, lo que la sangre al cuerpo; circula en el organismo colectivo en tal grado, que la idea de lo justo se encoge y retrae, haciéndose tan pequeña, que puede buscar asilo en el último escondrijo del cerebro, a condición de que no resuelle y guarde absoluta abstinencia”.

Esto me decía en cierta ocasión, uno de tantos buenos escritores de mi tierra, muy sorprendido de que yo nunca hubiera contestado a una siquiera de ciento y una críticas de mis obras literarias, cuando sólo de literatos, era “el amor propio”.

“Pues yo no lo tengo, —le respondí—, por más que asombre a usted. Pueden decir mis críticos en pro o en contra lo que quieran. Escribo, porque está en mi temperamento, y dejo que cada uno juzgue a su manera”.

Con este criterio, aprecié a los grandes hombres que los ingleses consideran como orgullo de su raza y de su pueblo, que reposan en Westminster, ya reducidos a polvo; y los compadecí, no por encontrarse juntos amigos y enemigos, gozando muertos lo que anhelaron en vida —que es gozar insensible y nulo—, sino por lo que sufrieron a su paso por el mundo.

## XXXVI

### *Habent sua fata sepulcra...*

Todavía mi impresión iba más allá.

El mismo monumento en que descansan y son venerados, no puede resistir muchos años el rigor del tiempo. Ya cuenta siglos, y tiene grietas. El templo de la gloria también perece de vejez.

Todo acaba en el andar de las edades; y aunque mucho se cuide y se remiende este panteón soberbio del apoteosis, no ha de evitarse en definitiva el derrumbe.

Hay cribaduras en los columnarios y mellas en los parástades, sobre los cuales cargan inmediatamente los arcos.

Los temores del desmoronamiento de la abadía, vienen de tiempo atrás.

Mes y medio después de mi visita a Londres y al edificio gótico, encontrándome ya en Washington, he sabido que un químico inteligente, el profesor Church, acaba de presentar un medio resolutivo de conservación, que informa del siguiente modo: El ácido sulfúrico que existe en el aire de la gran metrópoli, ataca al carbónico de la piedra, convirtiendo a ésta en yeso, o en un material análogo suave y deleznable. Entonces, hay que regar la superficie de las piedras con simple agua de barita, y ellas se cubren con una capa de sulfito de barita, que no se afecta con los ácidos. El agua de este cuerpo químico penetra al interior de la piedra y la endurece, obstando a que se forme el yeso.

El profesor añade, en confirmación de su tesis, que desde dos años a esta parte ha hecho sus ensayos en la restauración de las piedras de la capilla, tanto por fuera como por dentro, y que el éxito ha coronado sus esfuerzos.

Con este motivo, se ha dicho con alborozo que la ciencia viene en auxilio del arte.

También tomo participación en ese júbilo. Nada más grato al que ama lo bello, que creerlo eterno, o por lo menos firme y durable en tanto el sol no se extinga.

Pero, ¡cuántos otros monumentos maravillosos han desaparecido, o quedan reducidos a simples esqueletos por la evolución lenta de la especie y de los siglos, o los conflictos permanentes de razas con su cohorte de odios y fanatismos implacables!

Una hegemonía sucede a otra, cambian los hombres y los imperios, se renuevan las costumbres, y la irrupción de los atavismos arrasa con las obras de arte como lo atestiguan hechos de historia contemporánea, sin respeto alguno a las que debieron ser siempre memorias venerandas.

Los cataclismos físicos y la formación de nuevas cosmogonías, parecen estar en el fondo de esa ley de cambio incesante, que Herbert Spencer colocaba por encima de todas las leyes.

¿Qué queda de aquellos grandes altares de Olympias, que de año en año se fortalecían y agrandaban con las cenizas de los sacrificios?...

Un venerable intelectual de Sud América, el señor Bartolomé Mitre, ha hablado más de una vez con elocuencia del "bronce de la historia", como de una inmortalidad segura.

Es un consuelo para los que aspiran y luchan con méritos positivos, y han hecho carne la ilusión de la supervivencia.

La pasión de la fama ha creado muchos héroes y mártires, y seguirá forjándolos según la idiosincrasia de cada raza o pueblo.

Acaso la historia sea algo así de fuerte, de incontrastable y de épico, como un bronce bien fundido; sonará su trompa por todas las zonas habitadas durante largos años anunciando una victoria, una conquista, un progreso o también la caída estrepitosa de potestades que parecían invencibles, para ser tal vez sustituidas por otras inferiores o degeneradas, que todo está y se encuadra en la imperfectibilidad de la especie; y ha de proseguir por tiempo indefinido

en tarea titánica de ofrecer elementos de juicio que sirvan al mejoramiento o perpetuación de la gran familia de Abel y Caín “en tanto el mundo sin cesar navega — por el piélago inmenso del vacío.”

[falta folio 89 de los originales.]

...en el acto se volvió con sorpresa, exclamando:

—¡Efectivamente, late!

Mis hijos Eduardo y Raúl ratificaron el hecho.

Si lo cito, es para confirmar el juicio emitido acerca de la delicadeza de la mano de obra en estas reproducciones de un arte inimitable.

Lógico era inferir que aquello no importaba otra cosa que el resultado de un mecanismo eléctrico, aplicado ingeniosamente en el pecho de una belleza que existió, y vivió lo que las rosas de Malherbe.

Nos apartamos pronto de allí... ¡por no despertarla!

En múltiples salones, siempre concurridos, mucho había que ver y admirar en indumentaria, pintura, escultura, orfebrería, ebanistería, cerámica, armas antiguas, arqueología, numismática; y no he de detenerme sino de paso ante magníficos mantos reales y armiños, sombreros de fama y casacas deslumbradoras, dormans y fajas de fuste, jubones y capas de subido valor, gorras y bonetes de celebridades selectas, plaquines de mangas anchas y redondas, túnicas ajustadas al talle, dolmáticas con faldones y hombreras en forma de cruz, camisas, calzones, calzas, bandas, uniformes consagrados como reliquias; un medio chaleco de raso blanco floreado de oro de Napoleón, un bicornio del mismo, color alpaca, llevado en Egipto; preseas de Josefina, María Luisa y Eugenia, y hasta el gran landó resquebrajado e inservible en que fue Napoleón III después de Sedán a entregar su espada a Guillermo I, fumando una breva de La Habana.

El sentimiento estético se extasía ante los cuadros y lienzos de Ticiano, Murillo, Velázquez. Van Dick, Rubens, Rembrandt, Messonier; ante estatuas y fragmentos de obras del cincel clásico; de filigranas y bordados en plata y oro; de muebles de rareza artística pero valiosísimos por la calidad de la madera y la maestría de ejecución; de artefactos de tierra, loza y porcelana en pintoresco hacinamientos; de labrados...

[falta folio 91 de los originales.]

Nada de esto era de extrañarse, desde que el saqueo del Partenón había empezado en tiempos de Isócrates, y la Atenea de Juliano no debió ser más que un fragmento, cuando él la contempló.

Los sesudos coleccionistas británicos no pueden consolarse de que, gentes sin amor a lo bello, los hayan precedido *en la apropiación*; y por mi parte les hago justicia de creer que mejor hubieran estado esas reliquias en sus manos para orgullo del arte y de la civilización.

Se han contentado con una copia de Simart, que no impresiona.

Son muy numerosos y selectos, aún tratándose de meros detalles, los trozos de obras de Fidias y de sus discípulos, contándose entre ellos

una estatua mutilada de Teseo; las de las tres parcas; el torso de Selené, y la cabeza de su caballo; las luchas de los centauros y lapitas; fragmentos de Zeus, Juno e Iris; el león formidable de Cnidos; la estatua de Ceres: un basamento precioso del templo de Efeso; un capitel de Salamis formado con dos cuerpos de toros; varios bustos de Apolo, entre ellos una cabeza de hermosura prodigiosa; la cariátide de Erección; pedazos de propileos; un busto admirable de Pericles; relieves de tumbas; porciones de sepulcros con cabezas de mujeres ideales; estelas funerarias; ánforas de tierra con incrustaciones de plata y oro; vasos sepulcrales; otros relieves de corceles y jinetes; el de Xantipo, y el mármol de Hércules del frontis oriental del Partenón. Agréguese a todo este tesoro, restos inapreciables de Roma y de Egipto, partículas del Coliseo, recuerdos de Siria y Palestina. Poco o nada falta allí que haya merecido la pasión de hombres y de pueblos civilizados. Es una miscelánea asombrosa de lo más bello en las artes, aunque muchos de sus objetos se presentan cercenados. Hay hasta armas y utensilios de aborígenes americanos, porque cosa alguna se desprecia, y cada una tiene su mérito por razón de procedencia y raza. Una sociabilidad de sentimiento tan alto y delicado, es menos digna de poseer la esfinge, las pirámides y la aguja de Cleopatra. Su don de asimilación de lo bello y de lo sublime, de apropiación de lo que abortó el ingenio humano bajo cualquier clima, difícilmente encontrará competidores, o será sobrepujado.

Si algo debe extrañarse, dado ese temperamento exquisito de amor a lo viejo abandonado o mal tenido por los que debieran honrarlo y quererlo, es que no se ostenten en los estantes de cristal el manto de Tráseas, la cola disecada del perro de Alcibiades, la piedra que mató a Graco, la teja que derribó a Pirro, la túnica de María de Magdala, y el gallo que cantó la última vez, cuando Pedro negó a Cristo.

En cambio de todo eso; ¿se quieren más complementos? Pues los hay, escogidos de un modo asombroso.

Nada más fácil para estos acumuladores de riquezas artísticas. Enumeremos una serie.

Bustos de emperadores romanos, confundiendo allí Julio César, con Tiberio y Nerón; estatuas de artistas latinos, copiadores de modelos griegos; esculturas arcaicas, con no pocas del templo de Diana; una cabeza de Alejandro Magno; tumba de Mausoleo, Príncipe de Cavia, con su enorme estatua y la de su esposa; el friso oriental de Artemisa, monumento que medía ochenta pies de longitud, esculpido por el ateniense Scopas, autor según opiniones respetables, de la Venus de Milo; del buril egipcio, una cabeza de Thotnes II, dieciséis siglos antes de Cristo, la estatua de Ramses II, uno de los faraones que expulsaron a los judíos, de trece siglos anterior; del cincel de Babilonia, los toros-leones alados, escenas de caza y de combates; de Nínives, esculturas de dos de sus reyes y episodios de ahora dos mil seiscientos años; del tiempo de Salmasar, obelisco con inscripciones sobre sus hazañas; momias, pinturas, procesiones funerales, sarcófagos, porcelanas, vasos, amuletos de la época faraónica; tabletas de Babilonia con inscripciones de la sumi-

sión de Israel, y la conquista de aquella ciudad por Cyro; cosas aborígenes de las dos Américas; antigüedades del cristianismo, de la religión de Buda y otras de la India, de la tierra de Canaan, de los etruscos, ánforas panatenóicas; de Atenas, bronce helénico, cabeza de Afrodita, armas, lámparas, ornamentos de oro y medallones; preciosas terracotas, desollando las figuras de Tanagra, antigua Beocia; reliquias británicas prehistóricas, de Irlanda, Scandinavia, Germania; armaduras medievales; porcelanas japonesas, chinas, índicas y pérsicas; cerámica de Damasco, Teherán, Pekín, Italia, Fenicia, España, Grecia; ídolos y útiles de tribus asiáticas, de la Oceanía, Australia, Polinesia, África y América; manuscritos griegos, latinos y modernos; papiros de tres siglos antes de la era vulgar; el código alejandrino; la carta-magna y autógrafos de gran valía; rutilantes de ornamentación, y camafeos esculpidos por los grandes artistas griegos, bustos de Homero y de Demóstenes; e infinidad de otros vestigios venerables que escapan a nuestro recuerdo.

He citado el pergamino de la carta-magna; y debo añadir que en otro museo he visto reconstituido el episodio histórico con absoluta fidelidad, en sentir de personas consagradas a estos estudios, y cuya competencia no se discute.

### XXXVIII

#### *La escena de Rumnymead*

Pasa en una cámara o gabinete de escasas dimensiones, con poco mobiliario y ningún adorno, todo propio de la época.

Es de un colorido irreprochable: una reproducción de personas de estatura natural que provocan emoción bien sentida.

No pareciera sino que ellas guardan por un momento silencio, sorprendidas por el avance indiscreto de otras, extrañas al grave asunto que gestionan ante el rey.

¡Esa escena memorable, pasó en Rumnymead!

El monarca está sentado junto a una mesa pequeña encarpeta, con una pluma de ave en la diestra, que ha llevado a la boca y muerde en el cañón, pálido, cejijunto, atormentado, sin atreverse a trazar su firma en la Carta-magna, y en la de los Bosques, que tiene delante.

Nótanse acentuados los caracteres típicos de la raza en la blancura de sus facciones, en el azul de las pupilas, en las rizadas barbas y en la hermosa cabellera rubia que le cae en bucles sobre las sienes.

Muy cerca de él, como para compelerlo a suscribir los famosos documentos, con ánimo firme y resuelto retratado en su varonil semblante, se encuentra uno de los barones con espada al cinto.

También están armados los otros tres caballeros, que lo acompañan, y que representan a la nobleza indignada, y la voluntad de los ciudadanos de Londres, sus fueros propios y el honor nacional.

Uno de ellos, hombre joven de elevada estatura, que lleva con gran bizarría sus prendas guerreras, tiene el acero fuera de la vaina bien empuñado en la diestra, y observa atento con aspecto ceñudo los movimientos de Juan sin tierra.

Sin duda era el designado para ejecutar de inmediato la acción en caso de resistencia.

Los demás han puesto las manos en las crucetas de sus espadas, y aguardan...

Para darse una explicación exacta de la...

[faltan folios 94 y 95 de los originales.]

### XXXIX

#### *Funeral sin pompa. Herbert Spencer*

Nov. 1903

Pues que vengo hablando de consagraciones históricas, justo es que mencione una notable de reciente data.

Yo llegué una noche a Londres, y supe que hacía pocos días que había muerto Herbert Spencer.

Según se me informó, bastante impresión produjo el suceso entre los hombres de pensamiento ajenos a la política militante; pero muy poca en la masa del pueblo. Para el común de las gentes, era sencillamente una existencia que se extinguía, un organismo que cesaba de forjar y resolver problemas en la vasta esfera inaccesible a ellos, de la alta metafísica y de los primeros principios. No había vivido con las muchedumbres, ni subordinándose a ningún resabio o preocupación imperante, casi esfumada su personalidad por completo en la nebulosa de los ideales filosóficos. Fue un biómetro. Regulaba sus horas de trabajo metódicamente, tanto como las de distracción. Entre los mismos de su gremio se le cercenaban méritos, con la obstinación singularmente humana de mantenerlo en el nivel, a favor de la parte de incomprensible para el general criterio que siempre rodea como una sombra de duda la vida de los grandes cerebros. No se dijo precisamente que era un "hombre", y sí que era un "pensador" como tantos que pasaba.

En plena efervescencia patriótica, cuando la guerra ardía en Sud Africa, había emitido juicios severos aunque indirectos, contra los procedimientos políticos que él creía negaciones de la justicia y del derecho.

No estaba tampoco en sus normas el halagar las pasiones y las tendencias equivocadas del conjunto ignorante porque no amaba la popularidad y entendía que ésta se obtenía a veces a costa de un acto de conciencia sacrificado en el altar del éxito, para durar lo que el halago y convertirse en odio a la mañana siguiente.

Las multitudes no estiman el valer de sus apóstoles sino en cuanto les son de utilidad inmediata, sin importárseles las proyecciones del pensamiento, ni su fin altruista o humano; y todo lo niegan o les es indiferente en caso contrario primando a veces con el rencor del desencanto, el instinto implacable que apedrea a Graco, que martiriza a Bruno y que degüella a Nergniaud.

El gran filósofo, considerado el fundador del evolucionismo en la ciencia, no era pues popular. Se rindió muy viejo, con un caudal

prodigioso de experiencia. Refutó en teoría el imperialismo y el sistema unitario de Chamberlain, cuyos planes llegaron a prevalecer contra la oposición de pensadores y estadistas europeos coaligados; pero, Spencer halló cabida para sentar su rígido juicio de que a la misma patria no se le debía concurso cuando en nombre de ella se procedía "sin justicia y sin razón". Para él, era el caso. El ministro de las colonias sostenía por su parte con voluntad de hierro, que Inglaterra necesitaba triunfar "con razón o sin ella".

El primero, al afirmarse en sus principios, se atrajo antipatías profundas, que él supo resistir firme y estoico dentro de su armadura de forjador de ideas. Pensaba en una mejor humanidad futura con el avance y las victorias de las verdades exactas. Creía acaso que el elemento popular inglés no difería en nada del de los otros países cultos: que era voluble, caprichoso, versátil en sus inclinaciones y afectos, fácil de ser guiado por un político que supiese incitar sus ahíncoos vehementes y sus preocupaciones tradicionales. Y así creyendo, vertió su opinión como una profilaxia científica, sin tener en cuenta ese amor de las muchedumbres que él no quería. Ni de qué le valiera. Los hombres y las generaciones pasan. De todos los que pueblan el mundo, muy raro es el que queda todavía en pie pasados noventa años. Todos han desaparecido, para ser reemplazados por igual número: sólo las ideas sobreviven, las verdades matemáticas que en rigor tienen asegurada más durabilidad que la gloria del bronce, los principios eternos que han de servir a nuevas cosmogonías políticas, a otros pueblos y de otras civilizaciones.

Si se interesaba Spencer por la fama, no se sabe. Es posible, porque eso está en lo que es encarnadura, fibra y nervio. Por lo menos, encomendó a un su aventajado discípulo que se encargase de la defensa de sus doctrinas filosóficas. La talla intelectual de Spencer era muy superior a la de muchos de sus coetáneos ilustres: un cerebro poderoso y un carácter. Sociólogo profundo estudió y buscó las primeras causas, no con la pretensión de corregir de inmediato enfermedades crónicas en el organismo social, mas sí con el intento nobilísimo de dejar no pocas bases sólidas de clarividencia a la ciencia del porvenir. Como todo sabio se aisló del mundo en apariencia, pues estaba en él, lo observaba, lo auscultaba, lo seguía en sus caídas y progresos, acciones y reacciones, grandezas y decadencias, sin descuidar en su atención prolija ni uno solo de los fenómenos que pudiera allegar a su espíritu selecto alguna luz reveladora. De lo que en realidad estaba él lejos, era del aplauso o aclamación de los pobres de entendimiento, o de la crítica favorable o acerba de los de su época en su afán constante hacia lo impersonal, hacia lo incognoscible, hacia lo que debe ser, y no es.

Su reino entonces era de este mundo, como lo fue para su padre, humilde maestro de escuela. Este educó niños; él quiso enseñar hombres. Bien sabía que esos hombres no serían los de su tiempo, pero que podrían serlo los de días más remotos y propicios, cuando él ya ni polvo fuese sino impalpable nada. Quedarían las claridades de su talento, tan durables al menos dentro del orden de las cosas como las de cualquier astro que en el espacio las tiene propias.

Por eso murió tranquilo sin sombra de vanidad, cuando resonaban todavía los himnos de la victoria de Chamberlain. No le condujeron a Westminster, donde reposan próceres eminentes, y también otros de menor valía. Y entendemos que él no lo deseó. La familia llevóle a su ciudad natal de campaña y lo inhumó en su modesto cementerio. No le acompañó la pompa real que irradió sobre el féretro de un Garrick. Bajo un ciprés solitario descansaría bien, quien mucho pensó y trabajó por acercarse un paso a lo eterno. Aquella era su morada. Solo en la muerte, como estuvo casi solo en la vida.

Cuando esto, el caso me sugería, no se acordaba ya nadie de Herbert Spencer, y la vida febril y arrolladora en formidable movimiento henchía de ruidos fragorosos la enorme metrópoli del trabajo, del comercio y de la industria.

[Se repiten los folios 98, 99 y 100]

## XL

### *Viejo parlamento*

#### *Rey y caudillo*

El palacio del parlamento corresponde por su grandiosidad al poderío de la nación y de la raza.

En sus vestíbulos y salones, en los recintos destinados a los lores y comunes, reina un ambiente frío, como de pensamiento rígido y de verdad exacta.

En la primera de estas cámaras está el sitial del rey; en la segunda, no hay bancas, sino largos bancos sólidos sin divisiones ni braceras, en que se sientan los diputados rozándose unos con otros sin distingos ni preferencias. La cámara de los Lores tiene lujo: la de los comunes semi-pompa.

En las dos ramas se ha graduado con la representación la importancia de los grandes intereses que ellas comportan; de una parte la alta aristocracia conservadora, muy allegada a la reyecía: de la otra el elemento popular impaciente por la iniciativa y las reformas.

Los sillones macizos e independientes, para el seso y el peso: banca corrida de escuela antigua para la gente del común, con solo respaldares.

Pero, todo armónico y solemne. Tanto es de admirar el rico mobiliario del recinto de los lores, como la sencillez austera del recinto de los diputados.

En el primero, parece que se hablara aquilatando cada frase y midiendo el largo de cada vocablo, sobre todo, si el rey está presente; en el segundo, el cálculo madurado debe correr parejas con la vivacidad de la dición.

En esos días, el parlamento no funcionaba. Pero, la elocuencia sajona, según pude verificarlo después en Norte América, y de que trataré a su tiempo, difiere mucho de la latina.



En una que se podría llamar sala de "pasos perdidos", extensa, majestuosa por su bóveda altísima y sus cristales calados, que precederá la cámara de los lores, hay dos pinturas que abarcan respectivamente todo el espacio de uno y otro muro: a la derecha, el combate de Trafalgar con el episodio heroico de Nelson derribando en su buque almirante; a la izquierda, la batalla de Waterloo en el momento decisivo de la llegada de Blücher.

Son dos hechos culminantes colocados frente a frente; dos glorias viejas sin rival que estimulan a nuevas hazañas, aunque ya los hombres y los tiempos han cambiado, y no es el mismo espíritu épico el que flota sobre el polvo de tres generaciones.

Junto a la edificación más moderna, y formando siempre de ella parte integrante, aunque reservada a recordar, se mantiene como un monumento sagrado la inmensa sala del antiguo recinto, aquel que cerró un día Cromwell, guardándose las llaves en el bolsillo.

No posee más que estatuas a los flancos, entre ellas la de Carlos I.

En ese recinto, hoy desierto y vacío, fue juzgado este monarca, después de sus rudas luchas de "Caballeros", contra los "Cabezas Redondas" del parlamento, para morir enseguida en Withe-Hall, plaza situada frente al que fue su palacio.

Se siente como una impresión dolorosa al cruzar lentamente este recinto, donde se reunió ha siglos un tribunal extraordinario, tachado de incompetencia, para dictar la última pena contra un rey por supuestos delitos de traición y homicidio; y esa sensación aumenta, apenas se nota la frialdad extrema de aquel espacio encerrado entre paredes de espesor ciclópeo y desprovisto de todo mueble o adorno, libre y limpio, silencioso, desolado.

Créese estar en el fondo de un panteón, cuya bóveda se pierde en las alturas, y cuyo frío llega poco a poco a los huesos, para advertir al transeúnte que la majestad humana es efímera y que la obra del gusano supera a todo poderío.

Como lo dejo dicho, en éste que más se asemeja a claustro medieval que a antiguo sitio de discusión de leyes políticas y civiles, descuella entre otras, todas colocadas lateralmente, la estatua de Carlos I, largo, fino, elegante, con su nariz afilada, su perilla concluida en punta y su gesto de simpática nobleza.

Del lado de afuera, en un flanco al descubierto, mirando a la avenida, se yergue la de Oliverio Cromwell, entidad fornida, con espada y espuelas, pecho muy amplio, con redoma, cabellera recia, aire de triunfador.

La figura aristocrática y delicada del rey, contrasta con esta ruda y atrevida.

El hombre de la reyecía y el hombre del pueblo están separados por el ancho del recinto memorable, y por un muro espeso.

Al amparo de la inclemencia el primero; al aire libre el segundo.

La sombra piadosa para uno, claridad para el otro; meditación y asombro en la plazuela, frente a la cual la muchedumbre pasa y contempla al temido jefe de los *Cotas de malla de hierro*.

Para juzgar de una vida, hay que medir con la vara y la sonda concienzudamente cada uno de sus actos y de su destino en la tierra; y parece que los ingleses ya han juzgado y sentenciado sobre el ins-

pirador del parlamento largo y el que se guardó un día las llaves del parlamento en la escarcela y sobre los méritos y desméritos de estos dos personajes históricos, al asignarles la posición que respectivamente ocupan.

Hay que acatar ese fallo; porque esos nombres ya no se discuten, y sólo se citan como ejemplos, aleccionadores en los casos oportunos. Las voces reunidas de las multitudes, importan un canto coral a la consagración de su historia.

Los pensadores siguen dirigiéndose siempre al futuro, como medio de evitar que se renueven los errores del pasado. El ideal para ellos brilla muy lejos y no se alumbrá el camino negro e infinito a recorrer con sólo las pobres luces del sepulcro. Hay que andar, adelante, hacia lo desconocido, sin arrojar por eso en la jornada el bagaje de los recuerdos que estimulan y fortalecen, porque son parte integrante de la vida.

### *Carlton y Lyric*

A un rasgo de gentileza del señor cónsul general doctor don Carlos d'Oliveira Nery y de su digna y espiritual consorte, debí el placer de concurrir al Carlton, centro de distinción y de cultura; pues siendo mi permanencia en Londres de breves días, no entraba en mi programa somero y reducido fiesta alguna de carácter extraordinario, y esta lo fue por la hidalguía de los procederes usados, el sitio escogido para la reunión, y los votos que se hicieron por la ventura de la patria lejana.

Correspondí a esta fineza en la antevíspera de mi partida, participando de la comida el coronel Alberto W. Swalm, cónsul general de los Estados Unidos en Southampton, y su distinguida señora, y el caballero Alfonso Saenz de Zumarán, muy considerado encargado de negocios en Inglaterra.

Pude notar en este segundo *trou*, que en realidad lo selecto se daba allí cita de modo fijo e invariable; que no cambiaba la calidad de las personas, ni la extrema elegancia, ni la delicadeza de maneras. Es un centro *d'élite* con refinamiento de gustos y de formas, donde a pesar de la atmósfera aristocrática que reina, hay sin embargo espacio de sobra para solaz y descanso, y gratos momentos que consagrar a las expansiones familiares.

Preponderan en esos casi saraos los talles altos y esbeltos, las cabezas rubias de suave encanto, los ojos celestes, los labios muy rojos, las gargantas de Venus, los torsos marmóreos con vetas azules, las manos blancas y delgadas, todo en trajes de hadas, con chispas muy luminosas, que fulguran en el conjunto como una pléyade dispersa.

Hasta en el modo de llevar y distribuir las joyas, que son pocas aunque de valor muy subido, se nota un arte especial en esta clase superior. Los cuellos ebúrneos no ostentan otro lujo que su propia belleza; lo mismo las orejas purpúreas y modeladas. En el seno de nácar sólo se dibujan las venas cerúleas, en vez de collares de perlas. Las cabelleras son como madejones alisados con peine de oro y

vueltas hacia arriba, con la gracia necesaria para formar un digno coronamiento a la cabeza estatuaria. Las peinetas de carey con brillantes, estarían de más en esas testas llenas de atracción y de esplendor.

Sin duda, en tiempos muy remotos, algún ángel vagabundo pasó por estos climas pálidos, y se detuvo a besar sus mujeres predilectas, para darles rosas en el semblante, y dejarles como nieve los cuerpos.

Una excepción simpática a la etiqueta.

Todo esto, no importa decir que no haya visto fumar con mucho donaire a alguna de ellas en el salón de orquesta, un cigarrillo suave y aromado...

No fue sólo en Carlton donde las noté reinas; también pude contemplarlas en los teatros.

Covent Garden no funcionaba. Pero tuve oportunidad de asistir a Lyric, a Empire y a Daly, siempre en noble compañía, lo que hacía dulces las horas para quien llega a tierra extraña y ha menester de intérpretes inteligentes.

En Lyric se daba una noche la comedia de Sardou *Mad. Sans Géne*, convertida en opereta con música inglesa y el título de *Duquesa de Danzick*; por uno de los intérpretes aludidos, que era muy culta dama uruguaya, supe que en los teatros no se acostumbra a mirar con lentes a persona alguna del sexo femenino, siquiera fuese cada una más perfecta que las tres gracias reunidas.

—¿De modo —dije— que ni el derecho de admirar al que viene de paso, el hábito permite?

—Verdad. Aquí no es como en Montevideo.

—¿Y cómo ha de contemplarse entonces, y rendirse homenaje a lo selecto, si no se permite mirar?

—No lo se. Sera por adivinación.

—Pues procuraré adivinar.

Y cogiendo los lentes, los enfoqué con gran detención en las cabezas femeninas que estimé esculturales, nada más que para darme una idea de su perfección positiva, asombrándome de que nadie protestase contra este atrevimiento.

Dije a mi intérprete:

—Aquella joven de pelo castaño y ojos garzos que está en palco sobre la escena, es un modelo para artista de talento; y esta de cabello oscuro y pupilas negras, es una criatura adorable, como sólo la soñó un poeta, de los muy contados entre los discretos y sesudos.

Pero...

—¿Ha observado usted —me interrumpió mi espiritual consejera—, que a pesar de la costumbre establecida, ellas ven sin disgusto que se las mire? ¡Son tan lindas!...

—Así es natural. El mérito goza cuando nota que se le reconoce y se le hace justicia. Para mi, ellas se han advertido de que soy un forastero, que en nada puede ofenderlas con admirarlas; y de ahí que usted haya observado un efecto distinto del que me vaticinó, antes de emplear yo los anteojos.

—Cierto que es raro.

—Lo que las impulsa a honrarnos con una mirada no son mis lentes, ni mi persona desconocida; sino dos luceros que

aquí fulguran y las cautiva a su vez, sin mengua de la alta emulación...

Mucho silencio y gran compostura, en este teatro, reveladora de una severa educación social. Todo ello, sin perjuicio del derecho de los concurrentes para pedir la repetición de audiciones que les agraden, partiendo siempre la iniciativa del paraíso.

Los palcos son pocos y estos absolutamente cerrados, amplios y confortables, con servicio de camareras.

Una particularidad: el silbo importa aplauso, y es una manifestación vehemente de entusiasmo. En las plazas, estaciones y vías públicas se utiliza con gran éxito, como llamado a los aurigas, como anuncio, como pasaje, como advertencia rápida y eficaz.

Es notable el contraste de hermosuras en los teatros, donde descuellan la cultura y la elegancia. El rubio dorado, el castaño reluciente, el negro azabache en las cabelleras profusas; el azul sereno, el verde esmeralda, el pardo sombrío de los ojos; los talles correctísimos, los bustos egregios, las gargantas de alabastro; la tersura de los rostros, el tinte de las mejillas que parece aljaba que nace entre la nieve y cierto aire austero rodeando como una aureola evangélica las cabezas llenas de juventud, de ilusión y de esperanza, constituyen detalles de palpitante interés y forman un conjunto que deslumbra.

El bello sexo inglés tiene reflejos de oro y esplendores de cielo, y con razón se venera el texto viejo de la biblia, porque Eva debió ser así.

Los tipos de la creación fantástica son nada comunes; no obstante se ven.

Allí está un símil de Ofelia, acá una de Desdémona, acullá una semblanza feliz de Cordelia.

También de los que fueron reales, de los que reviven en la historia con toda la magia de los dramas dolorosos, se exhiben algunos de improviso, como trasuntos sorprendentes de Ana Boleyn y de Juana Grey, de María Stuard y aún de la nobilísima Victoria, cuando era doncella de quince primaveras.

Puede haber en esas ostentaciones mucho de las "ferias de las vanidades" de Tackeray, autor de la tierra y observador psicológico, a quien sin embargo se moteja de forjador de ficciones; pero, en puridad de verdad, y sin quitar ni poner defectos, las londinenses con etiqueta señorial son muy elegantes y lindas, figuras poéticas y delicadas, que atraen por su nobleza indiscutible.

En cuanto al teatro, "la mise en escene" es irreprochable, quizás en exceso lujosa. Salta a la vista, *que es para ésta*, como un complemento salvador del éxito, en caso de mal desempeño de los roles o peor acogida de la pieza.

Si esta es opereta, llama la atención la diversidad de tonos y de giros que se da a la trama o argumento, especialmente en la parte musical y coreográfica.

Los cantos alegres y los bailes se suceden desde el principio hasta el fin; pero, en mitad del jolgorio, o a un tercio de la zambra, siempre viene un intermezzo de música grave, casi sagrada, algo como un cantar de David o un salmo de Jeremías, monótono y solemne,

que recuerda los coros de las catedrales o el diapasón de los oficios fúnebres.

—Reconozco que la cosa es original, pero muy humorosa.

—Humorismo, —observó el doctor Nery D'Oliveira, sonriendo.

## XLII

### *Relieves notables*

Así como la nueva catedral de Westminster tiene una cruz gigantesca pendiente de su bóveda como para perpetuar con el símbolo, el viejo fervor de las catacumbas y de las cruzadas, la reyecía se aferra a sus antiguas tradiciones y al propio tiempo que infunde un respeto igual al de sus anales más terribles, permite que a su frente desarrolle sus fuerzas colosales la autonomía nacional, que administra sus propios intereses, confundiendo en uno los principios de autoridad y libertad.

Todo contribuye a afianzar el régimen de la vida libre en Inglaterra; las instituciones políticas, el poder intelectual de sus hombres, los fines prácticos de la educación común, la inmutabilidad de las costumbres, el sistema policial, las virtudes de orden doméstico, la solemnidad de los fallos judiciales, y un espíritu de tolerancia, en general, que asombra al viajero más prevenido contra la arrogancia británica.

En el seno de este gran pueblo late un corazón profundamente sensible que ama la ciencia, que ama el arte, que ama el comercio y que ama la industria, estos dos últimos en mayor grado, y que para confirmar la verdad de su culto por tan nobles conceptos, ha revelado los más poderosos bríos en las luchas del trabajo y la fortuna, y desenvuelto una acción absorbente sin parecido en los fastos del mundo.

Así como el monarca reina pero no gobierna, bajo otro aspecto la aristocracia prima pero no humilla. La tendencia conservadora se mantiene al firme por el poder de los grandes capitales, y la tendencia liberal prospera como un control a los privilegios. Esta sociabilidad vieja se rejuvenece en odres nuevos, sin ganar más en selección. El aroma tradicional, más fuerte en intensidad, morigera y neutraliza el exceso de energía del aliento moderno.

No tiene que resolver problemáticas o conflictos de razas.

Soberana de más de doscientos millones de indios, no se ha atraído indios allí, siquiera fuesen rajás; ni los indios vienen cuajados de diamantes de Golconda, sabiendo que el prodigioso emporio sin sol, brilla más que todas las piedras maravillosas de la India apiñadas en montañas.

La unidad de razas implica para ella la unidad de legislación, de ideales y de costumbres.

El país de las cosmogonías, nada le dice en materia de transfusiones y transformaciones; se está a su origen, a su idiosincrasia y a sus fuerzas propias.

Pero ¿esta unidad es un bien?

El sistema liberal en cuanto a las reglamentaciones, al trabajo, y a los hábitos en general puede ser un óbice a la decadencia de los intereses económicos.

Ahora, respecto a la raza en sí misma, y a su supervivencia por la unidad, ciertas estadísticas parciales van arrojando datos un tanto desalentadores.

Véase aquí una de ellas, publicada en la prensa en la primera quincena de marzo de este año:

“Un informe del Inspector General de Reclutamiento llama la atención sobre el hecho de que de cada tres hombres que se presentan para ser alistados al ejército británico, uno está enfermo o falto de inteligencia. La cuestión es tan seria, que se dice que una comisión real indagará las causas de este fenómeno.

“Más de la mitad de los reclutas vienen del campo, y éstos presentan una vista deplorable en lo tocante a su físico, abundando, como hemos dicho, entre ellos, los faltos de inteligencia.

“Se opina que la decadencia de la raza se debe al vicio, a los matrimonios prematuros y falta de educación física. De los reclutas aparentemente sanos se enferman muchos antes de haber servido dos años en el ejército.

“Los principales defectos que se presentan entre estos reclutas son: corazón enfermo, pulmones débiles, falta de la vista o del oído, pies planos, enfermedades nerviosas y del aparato digestivo: fuera de que muchos no tienen la estatura y el peso requeridos.”

Ya lord Kirchner en la guerra de Sud Africa, y con motivo del envío de refuerzos, había hecho notar más o menos las deplorables deficiencias que menciona este informe en la calidad de los soldados, y hasta pedido que se suspendiese la remisión de nuevos contingentes, si habían de constar éstos de hombres inútiles para la dura carrera de las armas.

Los estudiosos y peritos se dedican al tema, de suyo grave, en busca de fórmulas salvadoras, aún cuando reconocen que estos males tienen raíces muy profundas.

La conmixión de raza, es otro problema arduo, considerada como medio de crisis histórica purgadora, y nadie se atreve a emitir juicios sobre tan delicado asunto.

Los prodigios de la cruce germana con la raza latina decadente, no se reproducen a cada paso y menos en nacionalidades que conservan su orgullo de pristina pureza, aunque estén ya muy trabajados por los siglos.

En la capilla gótica de Westminster, hay un sitio de preferencia para los despojos de un Santo, separado por un cancel de las naves.

La puerta es de roble, y también lo son el umbral y el zócalo. El dintel ha soportado el pasaje y roce de tantas plantas, durante edades, que se ha desgastado y ahondado en el centro de una manera considerable, hasta formar una depresión de algunos centímetros.

Pero, el roble, aún con haberse así adelgazado en su mismo centro, no presenta resquebrajo ni grieta visible y se conserva fuerte y resistente, a pesar del sin número de generaciones que lo han hollado.

No sé si esta imagen da una idea comparativa del desgaste de la raza; pero, la tomo de su mismo suelo y de sus propios monumentos consagrados a los inmortales.

## XLIII

### *Un cabo suelto...*

En naciones tan poderosas como esta legendaria Inglaterra, que ha pasado por espantosos conflictos y una serie interminable de guerras civiles; en países como la vieja Britannia, en que los hermanos han pasado al filo de la espada a sus hermanos durante siglos enteros; en que monarcas de raza han desheredado a sus hijos y enviado al cadalso a sus esposas, y en que los hijos han peleado contra sus padres hasta derribarlos del trono o precipitar su fin por la desesperación y el dolor; en que ciertas reinas hicieron decapitar reinas, y otras asesinar a sus maridos, hasta con hierro ardiendo; en que los tíos aspirantes al cetro mandaban ahogar con almohadas a sus sobrinos reyes, por mejor derecho a la corona; en que la inocencia, el talento y la virtud sirvieron de pasto al verdugo mil veces; en que al rigor de los tiranos se ha sucedido la crueldad de las turbas enfurecidas; en que las discordias internas de familia, de reyecía, de feudalismo y de pueblos duraron años, centurias, edades sin perdonarse nunca ni al genio ni a la belleza, como pecados mortales que tenían su castigo implacable en la tierra: en esta nación prepotente, repito, que para obtener su grandeza y su hegemonía ha necesitado caminar por una vía crucis de sufrimientos indecibles, de caídas y desastres pavorosos, de degüellos de una media sociabilidad por otra media, de pérdida de caudales inmensos, de vejaciones, de despotismos, de vergüenzas y de horrores históricos, a costa de mil años de tormentos infinitos, ¿por qué parece extraño y censurable que repúblicas nacidas ayer, como las de Sud América, que no han cumplido todavía *un centenario*, sientan hervir sus pasiones y se debatan enérgicas contra sus propios resabios de educación y de origen, tentando la vía, obedeciendo al instinto de conservación propia, en busca de esa ansiada realidad de libertad institucional y de paz fecunda, que a otros pueblos importó perpetua batalla de doce siglos?

¿O es que estaban obligadas las repúblicas Sudamericanas a nacer perfectas y sin mácula de las luchas por la independencia como Minerva de la cabeza olímpica, al contrario de Inglaterra y de otras nacionalidades que precisaron para formarse cerca de dos mil años, a hierro y fuego?

Inglaterra, Alemania, Francia y otras poderosas naciones, sólo a esa costa hicieron respetar *el principio de autoridad*, causa principal de su pujanza y grandeza, y sin cuya consagración por el pueblo mismo, no hay administración ni gobierno. <sup>(1)</sup>

---

(1) El señor embajador de Alemania, barón de Sternburg, a quien tuve el honor de visitar en Washington, hizo noble justicia a mis opiniones sobre Sudamérica, añadiendo: "yo atribuyo en mucha parte el poderío de mi país al respeto del principio de autoridad".

A esto, observé: "es lo que nosotros venimos necesitando desde ha mucho tiempo, sobre todo, cuando ese principio se funda en origen puro e intachable, como hermano legítimo del de libertad".

Los muy eminentes pensadores ingleses dirán acaso, que eso es cierto, porque la historia no se puede desmentir; pero que, en cambio, no es exacto que los que han precedido en la obra de hacerse fuertes a los demás, tienen la facultad de asimilárselos y de absorberlos, a título de humanidad, de civilización y de progreso común, con mayor razón si no se olvida que, debido a esas formidables luchas de siglos se han hecho ellos dueños de una suma enorme de ciencia, de experiencia y de capital que al expandirse fuera de sus naturales fronteras, impone como condición a los que hayan de sentir sus beneficios, un estado de paz y de labor permanente.

Esbozo de nuevo un tema muchas veces tratado, muy digno de ser siempre tenido en cuenta, por los que siguen atentos los planes de expansión colonial y los conflictos de razas.

A estos puntos ha de concretarse la política universal del futuro.

## XLIV

### *Mares del Norte*

El regreso a Southampton, donde debía embarcarme el siguiente día para New York en el "San Luis", fue en noche de navidad.

Southampton es un puerto de gran importancia, y un centro urbano que exhibe primores modernos en contraste con ruinas muy venerables.

La ciudad sólo cuenta ciento veinte mil habitantes; pero esta población se halla condensada en un núcleo nutrido y macizo de edificios, lo que la hace muy animada y alegre. Es también cabecera de numerosos ferrocarriles, y un punto privilegiado de constante comunicación con Londres, a cuyo mercado refluyen en grande escala las operaciones del comercio, de la industria y del intercambio.

Es, decirse puede, el final de una entrada muy vieja al gran reino, en medio de isletas y peñones cubiertos de fortalezas de fábrica medieval y en los cuales ha dejado su rastro el tiempo y sus armatostes la artillería caduca.

Soberbias construcciones de ingeniería nueva se alzan por todas partes; pero, aún mezclados con estas magnificencias del arte, sobresalen siempre los esqueletos sombríos de las torres y castillos almenados como una memoria perenne de titánicas luchas.

Gran jolgorio reinó en la ciudad esa noche con motivo de la fiesta de Bethlem.

Mucho gentío en las calles, músicas, cantos, serenatas, bailes, pasándose el mayor número sin dormir hasta que alumbró la mañana.

Ya muy avanzada ésta, se sentían todavía los ecos de universal alegría que brotaban por doquiera, y los gritos lejanos de los grupos que se dirigían dispersos a los suburbios.

Contemplando y oyendo lo que podía desde el balcón de mi aposento, parecióme que esta fiesta se celebra con mayor pasión y entusiasmo más ardoroso que en las ciudades del Plata.

En medio de una algazara aturdidora y de los delirios de la danza, después de cenas opíparas y de tiernas expansiones de familia, la



imagen de Jesús está en el corazón de todos; —el niño de cabecita de luz se pasea por todos los hogares como el bienvenido, esparciendo con los dulces reflejos de su nimbo las primeras promesas y esperanzas de su misión y de su gloria evangélica.

Bajo la impresión de estos simpáticos regocijos, dejé un sábado las costas de Inglaterra, emprendiendo viaje a Norteamérica.

Aunque estábamos ya en invierno, fue ese un día templado y sereno, acaso el último que nos brindaba un bueno y ya fugitivo otoño.

Los mares del norte en invierno son imponentes y bravíos. Bajo la ráfaga alada se sacuden y conmueven encrespando ondas como montañas, al punto de tomar la nave más poderosa como despeñadero, asaltarla a cada momento, y pasar por su cubierta en enormes raudos sin respeto alguno al tamaño, ni a la fuerza extrema de sus máquinas propulsoras.

A la salida de Southampton, todo fue plácido, navegando entre aguas muy parecidas en el color al mármol verde jaspeado.

Los que éramos oriundos de las tierras del sol, nos preguntábamos de vez en cuando, en qué día venturoso lo volveríamos a ver.

Algún rayo débil asomó así que desfilaron por la tarde frente a la isla en que exhaló su último suspiro la venerada reina Victoria.

La estrella volvió a esconderse; pero en la jornada siguiente empezó a irradiar con real poder y esplendor.

Tornaron los matices en el mar, tan claro en las costas, como sombrío en lo profundo.

Poco duró aquella plenitud solar.

Es cierto que nos hallábamos en el primer mes de la estación ruda y que no eran de esperarse horas bonancibles.

El viaje, sumaba buen número de días y de noches, especialmente si se interceptaban brumas densas, o sobrevenía tempestad.

Y esto sucedió.

Descadenados los vientos con gran violencia, como si el pellejo que los encerraba hubiese reventado ni más ni menos que una burbuja sin dejar rastros, el mar se hinchó de súbito, se retrajo, dilató sus olas bramando, y dio comienzo a una serie de avances irresistibles, hasta regar con sus espumas el castillete de proa.

A sotavento, se embarcaba de un salto la onda atrevida, recorría como un torrente arrollador todo el largo del pasadizo e iba a deslizarse cerca de la popa a favor del declive al igual de un regimiento que carga a fondo, atraviesa la línea, y una vez a retaguardia evoluciona de flanco y vuelve a su centro asombrado de su propia audacia para renovar luego la carga con más precisión y brío.

En medio de estas cargas, el "San Luis" serpenteaba airoso, pero a cuatro movimientos, sin contar con el que venía de abajo y provenía de las hélices, semejante al tremular de una tapa de caldera con agua hirviendo a cien grados.

El balanceo era de banda a banda, y de popa a proa, siguiendo el ritmo del viento y de las olas, por lo que el gran buque no podía pretender ser más que una caña de bambú flotante a pesar de sus duplicadas energías y chimeneas.

Llegó un instante en que hubo de moderar la marcha; y luego otro en que la simplificó al exceso, por motivo de la niebla.

En aquellas latitudes, los colisiones son temibles.

El barco lanzaba un ronco silbato de prevención cada cinco minutos. El horizonte estaba a las barbas, formado por escalones de ondas que la borrasca disolvía en las alturas como una polvareda.

Los "hombres de mar" que así llaman a bordo a ciertos lobos con pantalones, aparecían de rato en rato con unos rodillos de goma apenas la ola había corrido furiosa por el puente, y empujaban las aguas reacias a las canaletas con notable rapidez y perfecto equilibrio.

Algo como una tarea de Sísifo; pues no había terminado una de estas diligencias a popa, cuando del lado de proa se precipitaba una nueva cascada arrolladora que ponía en fuga a todos los circunstancias, y en fuerte maniobra a los ágiles marineros.

El San Luis tenía cosas extraordinarias. Fuera de la sala de concierto con buen piano arriba, ostentaba un gran órgano en el comedor, y una oficina de telégrafo sistema Marconi a popa.

El piano funcionaba según el capricho de los aficionados; el órgano, para ceremonia religiosa en día domingo, con sermón y cánticos; y el telégrafo siempre que ocurría novedad digna de comunicarse.

Durante la ventisca sonó el piano a medias; se dijo misa con órgano y coro; y trabajó el telégrafo sin hilos para un despacho a New York que se me pidió expresamente dando noticia del estado en que dejaba mi país.

Las teclas se oyeron muy poco. No así el órgano, que resonó media hora, con intervalos, y profesor especial. En cuanto a la máquina de Marconi, colocada en un camarote estrecho, y manejada por ingeniero experto, trabajó sin ninguna dificultad en mi despacho "urgente", soltando sus pilas chispas azul violetas del tamaño del granizo, y un estridor de pororó.

Pero ni piano, ni órgano, ni salmos, ni crepitaciones violetas del aparato eléctrico, ni corridas de "hombres de mar", ni vocerío de mujeres, ni cien ruidos más que salían de aquel navío enorme, lograban distraer el oído del himno formidable de las olas.

Por otra parte, el columpio gigantesco, que no debía dejarnos sino a la entrada de New York, no permitía mucho tiempo de quietud y estabilidad en los recintos cerrados, siendo muy pocos los que se daban al placer de andar por los sitios de preferencia entre furibundas sacudidas.

Muy singular detalle, el de que, tanto en música como en canto, predominase en aquel palacio flotante la nota sagrada o el tono religioso que había tenido ocasión de apreciar en las ciudades de Inglaterra, aún tratándose de creaciones frágiles, cual si la gama de colores debiese siempre terminar o por lo menos matizarse con lo fúnebre y solemne.

A ese detalle hay que añadir otro, que fuera de duda no carece de vigor; y es el de que se llamaba a la mesa a toque de clarín. soplado con tanta corrección tres veces al día, que en verdad se creería estar en una academia militar o en pleno campamento en marcha, por lo marcial del llamado y la sonoridad de los ecos.

Eran también los únicos que por lo agudos sobrepujaban el rumor de las aguas y los silbidos del viento.

Cae de su peso que el mareo o sick, sea según la expresión de abordó, invadió el buque en cuanto el océano enarcó su dorso y rozó la borda; pues ocurrido eso, el "steamer" se convirtió en una hamaca que causaba a muchos, vértigos y vahídos, y aún lamentables descomposturas acompañadas de suspiros y lamentos.

El vaivén y el zarandeo superaron los límites ordinarios en estos casos, despoblando el comedor, la sala de lectura, y la de música; permitiendo tan sólo, bajo un frío intenso que unos pocos se asomaran a la cubierta, por donde precisamente entraba el oleaje por asalto y pasaba de carrera.

## XLV

### *La primera nevada*

El segundo día de año nuevo, todavía en plena mar, que iba tomando el color verdadío por aproximación a las costas de América, y sin que el viento hubiese cedido en violencia, empezó a caer la nieve en infinitos copos, ofreciéndonos un espectáculo maravilloso aquel cortinado de capullos en el cielo y aquellas altas crestas verdinas del piélagó enfurecido.

Al principio la nevada pareció espuma que volaba en trizas al rigor del sudeste, leve, frágil, aérea, pero en muy poco tiempo se fue acumulando en las toldillas, en la borda, en la cubierta en grandes masas esponjosas, que luego se endurecían con más consistencia que el hielo formando como una alfombra de tripe resbaladiza.

En los aleros de los corredores colgaban a centenares sus cristales a modo de largos carámbanos o estalactitas de una gruta; y en las barandillas el acolchado de copos bien medía tres pulgadas de espesor.

Los "hombres de mar" ponían rudo empeño en el desalojo de una parte siquiera de la mole invasora; pero los capullos se centuplicaban por segundos, y constituían colchones más altos que los de lana cardada.

Pasaron horas, y también dos días de firmamento de alabastro, sin que cesara la nieve de caer.

El barco marchaba con manto de armiño y penacho oscuro, como un cisne de cuello negro; y de vez en cuando se cruzaba con alguna barca airosa toda vestida de blanco deslumbrador desde la quilla hasta el extremo de los mástiles, al igual que una virgen que vuelve del templo después de la primera comunión.

Con la llegada entre islas, brilló el sol.

¡Qué cuadros no soñados, los de aquel archipiélagó portentoso!

A uno y otro lado, cada islote o simple peñón presentaba construcciones descomunales como surgidas de pronto entre las nieblas no disueltas, al golpe de una varilla mágica.

A estribor se alzaban edificios en sucesión constante, sin más intervalos que los de los estrechos surcados por las naves más caprichosas en su tamaño y estructura, cargadas de mercancías o de per-

sonas; en una isilla con resguardo de útiles heroicos contra los avances del mar, altiva e imponente sobre basamentos ciclópeos, vencía la distancia y concentraba los ojos fascinados la estatua de la Libertad con su antorcha, dominando soberana el panorama enorme, acaso con más poder sugestivo que en los tiempos épicos la maravilla llamada coloso de Rodas, entre cuyas piernas pasaban los navíos: a la derecha se erguía incomparable en majestad y grandeza el emporio de New York, con sus casas de veinte y treinta pisos, sus fábricas de una potencia sobrehumana, sus ferrocarriles aéreos y sus rumores de abejas de acero dentro de una colmena hiperbólica de cristal de roca.

El barco iba lentamente, rompiendo la densa capa de hielo que cubría las aguas, y sobre la cual habría podido patinarse sin peligro de sumersión.

En esta tarea se estuvo toda la tarde, hasta arribar al apostadero.

Cuando acabó de romper las últimas placas con su proa poderosa y echó el ancla, empezaba el crepúsculo, con un frío de varios grados bajo cero.

Los portentos de las mil y una noches, con sus genios, sus silfos, sus bellezas y sus monstruos en confuso amontonamiento, y las fantásticas lumbres de los castillos encantados a la orilla de los lagos o en la soledad de los montes; las esfinges, los mausoleos, las pagodas índicas, las pirámides, los obeliscos y las agujas, que todos conocemos por cien descripciones y críticas de sabios, cuando no por observación propia en Londres o París, donde han sido trasladados algunos de esos seculares monumentos, todo eso y mucho más aparece pálido o eclipsado por estas moradas, fábricas, puentes de la gran ciudad que se destaca en las regiones del norte esparcida en islas, como una constelación de pléyades, las más esplendorosas de su escudo y su bandera, por la magnitud del brillo y el poder incontrastable de sus riquezas.